

## ANTROPÓLOGOS-CIUDADANOS (Y COMPROMETIDOS) EN LA ARGENTINA. LAS DOS CARAS DE LA “ANTROPOLOGÍA SOCIAL” EN 1960-70<sup>1</sup>

Rosana Guber<sup>2</sup>

Hace ya muchos años que nuestros colegas nos advierten acerca de las diferencias al interior del campo antropológico, entre las antropologías de construcción imperial (*empire-building*) y nacional (*nation-building*) (Stocking 1982), las antropologías centrales y periféricas (Cardoso de Oliveira 2000), y las antropologías del Sur (Krotz 1997). Estas categorías refieren un sistema de clasificación que entraña un orden jerárquico entre quienes son adjudicados o se autoadscriben a una u otra polaridad. Las desigualdades de este orden no son ajenas a la organización del sistema mundial, pero tienen sus lógicas específicas en los campos antropológicos.

Los movimientos independentistas y de liberación que afloraron en los '50 y en los '60, fueron decisivos en dos sentidos: reorganizaron las clásicas áreas de estudio antropológico y abrieron las puertas de la academia a los llamados “antropólogos nativos”, en una disciplina cuyos paradigmas provenían de Gran Bretaña,

- 
- 1 Este artículo es parte de la investigación “Las ciencias sociales y las crisis” dirigida por Mariano B. Plotkin (PICT 10803, 2004-2007). Algunos de sus contenidos son una reelaboración de la ponencia presentada en el seminario “Other peoples’ anthropologies” coordinado por Aleksandar Boscovic y Thomas Hylland Eriksen en el Congreso de la Asociación Europea de Antropología Social EASA (Viena 2004), y que se publica en el volumen homónimo (Boscovic ed., Berghahn Books 2007). Agradezco los comentarios a versiones anteriores, de Sergio Visacovsky, Beatriz Heredia, Martha Rodríguez, Germán Soprano, Mauricio Boivin, Mariano Plotkin, Mirtha Bonnin, Gastón Gil y Rolando Silla, quienes en modo alguno son responsables por mis errores de descripción e interpretación.
  - 2 Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Tecnológicas (CONICET) -Centro de Antropología Social, del Instituto de Desarrollo Económico y Social (CAS- IDES).

EE.UU. y Francia, y en medida menos visible pero muy profunda, de Alemania, Austria e Italia. ¿Cambiarían los nuevos ingresantes a la disciplina? ¿La proveerían de miradas más sensibles y humanizantes, o la viciarían con sesgos locales incompatibles con una “ciencia universal”? ¿Serían distintas las agendas de los recién llegados y las de los establecidos? ¿Y podrían aquéllas introducirse en el panorama global de la disciplina desafiando las certezas teóricas y metodológicas de las “antropologías clásicas”?

Estas cuestiones son, precisamente, las que desde los '80 vienen planteando los autores de esas “otras antropologías” (Restrepo y Escobar 2005). Dos puntos merecen aquí nuestra atención: la ciudadanía común entre investigadores y sujetos de estudio, y la dependencia teórica de los “otros antropólogos” con respecto a los desarrollos metropolitanos. Compartir la ciudadanía con nuestros nativos nos diferenciaría de los antropólogos extranjeros, quienes sólo pasan en el campo limitadas temporadas para regresar a sus universidades a escribir sus etnografías, realistas o experimentales. Esta proximidad nos permitiría elaborar nociones más comprometidas con el destino de nuestros pueblos, dejando de reproducir mecánicamente los dictados teóricos del norte.

En estas páginas revisaré ambos supuestos analizando el proceso por el cual algunos colegas en la Argentina comenzaron a delinear un campo disciplinario entre mediados de los 60 y principios de los 70, que llamaron “antropología social”. A través del análisis de las trayectorias académicas de dos antropólogos argentinos espero mostrar, primero, que la adopción de teorías dominantes en la academia del norte no garantizaba el éxito en estas latitudes, y segundo, que la pretensión de proximidad con los sujetos de estudio tuvo distintos efectos más que en los pueblos referidos en sus escritos, en la consolidación de cierto perfil del quehacer antropológico en la Argentina.

### **I. ¿Cuán nativos? ¿Cuán cercanos? ¿Cuán dependientes?**

El par extranjería/nativismo de los antropólogos ha figurado en la agenda antropológica desde que W.H.R.Rivers y B.Malinowski empezaron a predicar la necesidad de una estadia prolongada del investigador en tierras lejanas y en aislamiento de los blancos. Desde los '60 algunos antropólogos empezaron a ponderar la productividad académica de su origen común con los informantes. Eran quienes procedían de las mismas “minorías” (Jones 1970) y de grupos migrantes (Narayan 1993); eran los estudiantes que regresaban de las metrópolis a sus países para hacer trabajo de

campo, y quienes cursaban la integridad de sus carreras en su tierra natal (Jackson 1987; Messerschmidt 1981). Quienes afirmaban la necesidad de la extranjería sostenían que la mayor distancia contribuía al conocimiento objetivo del Otro sin caer en los preconceptos locales y promovía la curiosidad sobre aspectos naturalizados, garantizando así un conocimiento neutro, válido y científico (Beattie, en Aguilar 1981:16-17). Aunque los antropólogos rara vez olvidaran sus valores (occidentales) mientras sobrevivían en el campo, el modelo del antropólogo extranjero equiparaba el trabajo etnográfico al del naturalista. Por su parte, quienes empezaron a levantar las banderas del nativismo afirmaban que sólo los intelectuales locales podían entender la vida de sus pueblos sin caer en el exotismo, ganando tiempo en la laboriosa tarea de aprender la lengua nativa. Los prejuicios locales podían corregirse, pero el acceso a los informantes era más directo, sin caer en los errores habituales del extranjero (Nukunya, Uchendu, D.Nash, en Aguilar 1981). Además, en los '60 los antropólogos europeos eran francamente rechazados en África y partes del Asia, como resabios de la era colonial (Messerschmidt 1981:9-10; J.Nash 1975). Pese a sus diferencias, ambas posturas coincidían en su concepción del conocimiento: si el éxito de los antropólogos nativos radicaba en su completa identificación con los sujetos, y el éxito de los extranjeros en su completa exterioridad, ninguna de las dos proponía reflexionar sobre la productividad específica de las relaciones entre investigador e informante en tanto que relaciones sociales, en el proceso de conocimiento (Guber 1994).

La literatura más reciente acerca de “las antropologías” retoma estas cuestiones incorporándolas a perfiles institucionales. La distinción de George Stocking entre antropologías de *empire-building* y de *nation-building* supone que en las antropologías del *nation-building* el estudioso pertenece a la misma jurisdicción nacional que sus informantes, aunque no alude a cuestiones de mayor proximidad o comprensión, sino a una funcionalidad estatal específica de la antropología. Las antropologías de *empire-building* en cambio, se ejercen en los territorios de ultramar (o detrás de las fronteras) en las otrora dependencias coloniales. Ambos tipos de antropólogos no son equivalentes sino que observan cierto orden jerárquico. Como advirtiera Eduardo Archetti (2006), el socio-antropólogo suizo Arnold Van Gennep que trabajaba en su propia Europa, ganó proyección académica mundial gracias a Victor Turner, un antropólogo británico que trabajaba en África (*un empire-builder*).

La noción de “antropologías del sur” que introdujo Esteban Krotz puso de manifiesto precisamente las desigualdades al interior del universo antropológico. Dos de sus cuatro “cuestiones críticas” nos interesan aquí. Una es que “Aquéllos que estudian y que son estudiados son ciudadanos de un mismo país” (1997:244; mi traducción). Esta común pertenencia no es sólo geográfica “aunque a menudo la proximidad física entre los lugares de donde se obtiene la información empírica y los lugares donde esos materiales se analizan, discuten y se publican los resultados de la investigación, es importante” (Ibid.). Por ejemplo: hoy los campesinos y las comunidades indígenas tienen acceso a la literatura académica, y pueden interactuar fácilmente con sus antropólogos porque comparten la misma lengua de la publicación. Además, “los que estudian y los que son estudiados están afectados, aunque no del mismo modo, por las decisiones políticas y económicas que provienen de las instituciones públicas en cuya configuración y legitimación participan (lo cual crearía) un lazo significativo entre los intereses profesionales y los intereses sociales y políticos de los antropólogos” (Ibid. Mis paréntesis). La estadía temporaria del investigador extranjero establece una relación distinta “con un grupo de personas que estudia durante un determinado número de meses” para irse después (Ibid.). Si bien Krotz advierte que los orígenes socio-culturales de investigadores e investigados pueden ser distintos, cuando comparten ciertos rasgos como la etnia se crean vínculos específicos y más duraderos.

Esta observación contradice, sin embargo, el otro fenómeno señalado por Krotz (244-5), que en los países del sur la mayor parte del conocimiento se importa, desconociendo o bloqueando el conocimiento generado localmente. Esta situación que podríamos llamar “de dependencia teórica”, obedece a varios factores: los mecanismos más aceitados del norte para difundir sus reflexiones y hallazgos, el mayor prestigio derivado de asociarse con la última moda teórica (del norte), y las discontinuas publicaciones, las bibliotecas desprovistas y el escaso debate en el sur. De la sobrevaloración que el sur hace de la producción del norte, resultaría que las condiciones de producción académica serían independientes de sus productos, y que las teorías del norte estarían operando como la lente neutra para mirar y analizar (al sur).

La mayoría de las críticas a Krotz cuestiona la división tajante—sobre todo por su metáfora territorial y geopolítica—entre unas y otras antropologías, pero no pone en duda el carácter de los vínculos entre los antropólogos del sur y las poblaciones que estudian. Carlos Uribe, por ejemplo, cree que “en países como Colombia nosotros, los antropólogos, no tenemos que ‘ir

al campo', estamos en el campo" (1997:258). Para la antropóloga colombiana Myriam Jimeno existe una relación muy cercana entre la producción teórica de los antropólogos latinoamericanos y el compromiso de los antropólogos latinoamericanos hacia aquéllos a quienes estudian (2005:46). Desarrollos teóricos y compromiso político irían de la mano evidenciando una "vocación crítica" de los antropólogos y de las ciencias sociales (2005:47). Basada en el concepto de naciocentrismo de Norbert Elias y en la advertencia de Veena Das de que el conocimiento de la antropología ha resultado de mapas de alteridad informados por teorías sobre el Otro, más que por teorías del Sí Mismo, Jimeno sostiene que la transformación de los Otros en nuevos sujetos políticos en el mismo espacio social en que vive y trabaja el investigador, colorea su práctica social y teórica. Jimeno lo denomina "ciudadano-investigador" para destacar "la cercana relación entre el ejercicio de la investigación y el ejercicio de la ciudadanía" en Latinoamérica. Prueba de ello cita a Alcida Ramos ("En Brasil como en otros países de América Latina, hacer antropología es un acto político" [2005:51]) y varios conceptos acuñados por intelectuales mexicanos y brasileños para describir, interpretar y teorizar las relaciones sociales con el Otro en América Latina. Si como dijera Roberto Cardoso de Oliveira, el Otro es parte de la nación del antropólogo, "la política está *embutida* en las reflexiones de los antropólogos y en sus relaciones con la nación", se expongan o no en términos políticos (2005:52).

Propongo aquí interrogar las certezas de estas afirmaciones como lo hacemos con las nociones de nuestros nativos, con el fin de analizar los contextos en que los antropólogos producimos las realidades que estudiamos, y en que las realidades de nuestros procesos nacionales nos producen como antropólogos generadores de teorías y metodologías necesariamente diversas. Argumentaré aquí que: 1) la "co-ciudadanía" es un término demasiado impreciso que oculta no sólo desigualdades profundas de clase y diferentes orientaciones políticas y de sentido común, sino también distintas articulaciones posibles en el campo académico y entre investigador/a e investigad@; 2) estas articulaciones son vitales para entender los desarrollos diversos de nuestras "otras antropologías", sus teorías y metodologías, sus temas recurrentes y sus objetos negados; 3) el "compromiso" es una construcción que debe analizarse en cada caso, tiempo y lugar; 4) la yuxtaposición entre la común nacionalidad con los nativos, y cierto rango de inquietudes morales, políticas y sociales, no está sustentada por la evidencia, sobre todo si sólo se examina la producción textual; 5) el argumento de la mayor cercanía con

los sujetos de estudio es un recurso en los juegos de poder entre antropólogos periféricos y centrales, y quizás también entre los antropólogos periféricos y los antropólogos centrales al interior de un mismo contexto nacional y local; 6) la dependencia teórica del sur con respecto al norte no es sostenida en todo tiempo y lugar; su señalamiento encubre la existencia de varios “nortes” posibles y de varios “sures” también.

Desde 1984 la antropología social se convirtió en la orientación antropológica hegemónica de la Argentina democrática. Que así fuera, interpretaban sus practicantes no sin fundada razón, era el resultado de repetidos intentos por implantar una disciplina que fue desterrada una y otra vez de las universidades nacionales, las únicas que dictaron (y aún dictan) “antropología” en este país. En esta línea muchos antropólogos argentinos suelen presentar a la antropología social como una rama de la antropología promovida por estudiantes y jóvenes graduados de mediados de los ‘60, caracterizada por el involucramiento personal y académico con el presente, los sujetos sociales y la transformación social. Así, la definen como la orientación comprometida (Alberti 1962), militante y perseguida (Herrán 1990, Garbulsky 1991-2), democrática (Ratier & Ringuelet 1997), el patito feo de la antropología argentina (Bartolomé 1980) o su rama más débil y marginal (Hermitte 1968a). Según supone la mayoría de estos epítetos, la antropología social fue la víctima de la represión política y académica, por haber luchado contra el estado autoritario y la academia conservadora y colaboracionista.

Huelga decir que tales calificativos no fueron sostenidos siempre ni por todos los que se autoadscribieron a esta subdisciplina. Hubo quienes no se llamaron a sí mismos “antropólogos sociales” y sin embargo fueron objeto directo de la represión militar. Hubo quienes se decían antropólogos sociales pero no adherían al paradigma del intelectual comprometido. Sin embargo, la conjunción “antropología social – compromiso político” fue un rasgo que decididamente operó en el nacimiento y consolidación de esta subdisciplina antropológica. En ese proceso la antropología social no se circunscribió a los paradigmas “del norte”, aunque abrevó en ellos.

En este trabajo analizaré cómo se articularon lo que considero fueron las dos definiciones dominantes de antropología social en el principal centro académico de la Argentina, con la definición de sus cultores acerca de sus sujetos sociales/destinatarios, y cómo jugó la inspiración de las academias centrales (del norte) en este proceso. El material provendrá del ámbito académico nacido en

la Universidad de Buenos Aires entre 1940 y 1966, y girará predominante aunque no exclusivamente en torno a dos figuras que en 1970 se definían públicamente como “antropólogos sociales”. Esther Hermitte (1921-1990) y Eduardo Menéndez (n.1934), nacieron respectivamente en la ciudad de Buenos Aires y en una ciudad de la Provincia de Buenos Aires, fueron educados en la capital argentina y accedieron a la antropología en la Universidad de Buenos Aires. Los dos renunciaron a sus puestos docentes tras la violenta intervención universitaria de julio de 1966, y no participaron de la universidad argentina después de la intervención de julio de 1974, el prólogo del Proceso de Reorganización Nacional en el medio académico. Menéndez vive desde 1975 en México DF. Hermitte permaneció en Buenos Aires dictando cursos en un pequeño centro de ciencias sociales, el Instituto de Desarrollo Económico y Social (IDES), y se integró a la UBA con la primera gestión democrática y hasta su muerte, en julio de 1990.

Hermitte y Menéndez representan dos importantes orientaciones de la antropología social que se gestó en la Argentina a mediados de los años ‘60.<sup>3</sup> Aunque con perspectivas diferentes, ambos intentaron crear un campo llamado “antropología social” que estuviera basado en la articulación entre teoría y práctica, aunque las características y los límites de dicha articulación pudieran exceder el estricto medio académico. Mostraré aquí cómo definieron su relación con los sujetos sociales y con las antropologías metropolitanas, y los dispares destinos de sus enseñanzas.

## II. Una búsqueda hacia el norte

María Esther Alvarez, fugazmente casada con Raúl Hermitte, se graduó como Profesora de Historia en la Facultad de Filosofía y Letras cuando aún no se impartían “licenciaturas”. Su ámbito de sociabilidad era común al de otros estudiantes de Historia particularmente inclinados a la antropología y la geografía, fue el Museo Etnográfico, cuna de las actividades arqueo-antropológicas en la Ciudad de Buenos Aires y dependiente de la Universidad de Buenos Aires desde 1904, año de su inauguración. El eje de dicho ámbito era Francisco de Aparicio, profesor de arqueología

3 Cecilia Hidalgo (1997-8) añade la orientación relativa a la antropología bourdieuana de Néstor García Canclini. Este sesgo, sin embargo, ingresó a la Argentina ya en tiempos de la democracia (1985) y una vez que el mismo García Canclini, un exiliado filósofo de La Plata en México, había aplicado la teoría de Pierre Bourdieu al campo de la artesanía y las fiestas populares en ese país.

argentina y americana, arqueólogo, etnohistoriador y geógrafo autodidacta de orientación política liberal, que dirigió el Museo Etnográfico, la Sociedad Argentina de Antropología y su revista *Relaciones*, desde 1939. En 1947, tras firmar un documento público en el que varios profesores universitarios se pronunciaron en contra de la intervención del Poder Ejecutivo del presidente Juan D. Perón, fue exonerado para siempre. Aparicio murió en 1951. Hermitte, como otros de sus discípulos, se retiró del medio universitario para dedicarse a la actividad docente mientras el Museo quedaba bajo la dirección del antropólogo italiano José Imbelloni (Fígoli 1990, Guber 2006a).

Con la caída de Perón y el retiro de Imbelloni en setiembre de 1955, la intervención de la UBA designó como decano interventor de la Facultad a un discípulo dilecto de Aparicio, el arqueólogo y etnohistoriador Alberto M. Salas. Junto al otro exonerado, el arqueólogo Fernando Márquez Miranda, Hermitte volvió al Museo y presentó a Salas una propuesta que quizás imaginó en alguno de sus viajes que realizara con su esposo a los EE.UU. entre 1947 y 1950. Allí tomó algunos cursos de etnología y antropología y probablemente entonces tuvo su primer contacto con la “antropología social”. Informalmente en 1956, y formalmente en 1957 Hermitte le propuso a Salas realizar “estudios de forma de vida de las poblaciones mestizas en una comunidad minera” en el noroeste argentino (Archivo Facultad Filosofía y Letras, UBA, Cartas 9/12/1956, 14/12/1956). La mina de plomo, zinc y plata El Aguilar venía operando en la Puna argentina, a 4000 metros de altitud, desde 1926. En carácter de “Ayudante 4° de investigación rentada” por el Instituto de Antropología, Hermitte pidió fondos para viaje, un asistente de investigación y trabajo de campo en el complejo minero, adonde residió en enero y febrero de 1957 y 1958.

El trabajo de campo consistió en observar, conversar, administrar una encuesta y entrevistar a personal de la mina, a los trabajadores y a sus familias. El cuestionario de 129 preguntas cubría parentesco, redes, trabajo, vivienda, accidentes y enfermedades, esparcimiento, economía doméstica, creencias y ceremonias religiosas. Los tópicos clásicos de la antropología en busca de los “patrimonios” culturales de las comunidades, se relegaban aquí para dar prioridad a las relaciones sociales entre los grupos sociales que reunía la empresa: bolivianos, atacameños y funcionarios urbanos. Aunque no contamos con su reporte a la compañía ni a la universidad, su trabajo fue conocido por los antropólogos de Buenos Aires como “antropología social”. Sus dos asistentes de campo, Amalia Sanguinetti y Ana María Mariscotti, publicaron un



breve artículo en la revista del Museo, *Runa. Archivos del Hombre*, creada por Imbelloni en 1947. En “Notas para el estudio de la cultura de la Puna” (1958-9:195-206) se referían a Hermitte como una “experta en *Antropología Social* que ha llevado a cabo una investigación de tipo socio-antropológica en dos oportunidades, en una comunidad minera, y a quien hemos acompañado como sus asistentes” (Ibid.:195. Mi énfasis). Además, Hermitte debió cambiar de asistente en 1958 pues Sanguinetti contraía matrimonio con Bormida, profesor ya asentado en el Museo. En 1958 presentó la ponencia “Antropología aplicada y su futuro en la Argentina” en la reunión periódica “Semana Antropológica”, de la Sociedad Argentina de Antropología (Guber 2006a).

La concepción de Hermitte era ya muy afín a la que se impartía en la asignatura “antropología social” del nuevo departamento de Sociología de la misma facultad de Filosofía y Letras y a unas cuadas del Museo. Gino Germani, conocido como el padre fundador de la moderna sociología argentina, inició el programa de Licenciatura en Sociología en 1957, que ofrecía un curso bajo ese nombre, obligatorio para antropólogos y optativo para sociólogos. Ralph Beals fue el primero en impartirlo, por sólo un semestre, en 1962. Pero Hermitte, que al mismo tiempo publicaba en *Runa*, la revista del Instituto de Antropología, cinco reseñas sobre la antropología norteamericana: *Hollywood: el mundo del cine visto por una antropóloga* de Hortense Powdermaker (alumna de Malinowski) [1956-7], *The Kaska Indians. An ethnographic reconstruction*, de J.J.Honigmann [1954]; *Teoría y práctica del estudio de áreas* de Julien Steward (Unión Panamericana, 1955); *New Lives for Old* de Margaret Mead (1956) y el anuario de la principal entidad financiadora de la investigación antropológica, la Wenner-Gren Foundation [Guber 2006a]), traería una noción menos culturalista y más sociológica. En 1958 partió con una beca externa doctoral del flamante Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Tecnológicas CONICET, a cursar un postgrado en la Universidad de Chicago. Para ello consiguió una licencia con goce de haberes concedida por la UBA y por un año para “cursar estudios superiores en antropología social”.<sup>4</sup> Sin embargo, su estadía demoró siete años, incluyendo veinticuatro meses en Pinola, Altos de Chiapas, adonde desarrolló su trabajo de campo sobre el revestimiento y el nahualismo de los Mayas modernos (Julio–Diciembre 1959, Julio 1960–Diciembre 1961 [Hermitte 2007]). Tanto su tesis

---

4 La licencia fue solicitada por Bormida como director del Instituto de Antropología, y concedida con la firma del rector Risieri Frondizi, por el Consejo Superior de la UBA el 13 de noviembre de 1958, hasta el 14 de setiembre de 1959.

de maestría (1962) como la de doctorado (1964) fueron premiadas como las mejores tesis de antropología de su universidad. Estas distinciones ponían de manifiesto la interiorización de Hermitte en la línea rectora de aquel departamento.

En 1931 Chicago se había convertido en una embajada de la antropología social británica en los EEUU., cuando recibió a A.R.Radcliffe-Brown tras la partida de Edward Sapir a Yale. Este arribo significó el ascenso de un método más “científico” y “estrictamente no histórico” para el estudio de la sociedad, y un abandono de las humanidades cultivadas por la escuela de Boas y de Sapir. La investigación de Radcliffe-Brown acerca de las “leyes que gobiernan el funcionamiento sincrónico de la sociedad humana” dejó profundas marcas en la escuela antropológica de Chicago: la caída de los estudios etnológicos, la subordinación de la cultura a la estructura social y la primacía de los estudios de área y el método de caso extendido. Radcliffe-Brown volvió a Oxford en 1937 (Stocking 1979:21).

Pese a que cuando Hermitte llegó a Chicago el departamento estaba recibiendo a tres jóvenes parsonianos—Lloyd Fallers, Clifford Geertz y David Schneider—, la influencia sociológica de Robert Redfield, Radcliffe-Brown y la antropología social británica estaban aún muy vivos en el proyecto interdisciplinario *Man-in-Nature* iniciado en 1956 bajo la jefatura del lingüista de maya y nahua, Norman McQuown (1910-2006, Phd Yale 1940).<sup>5</sup> Los trabajadores de campo eran candidatos de maestría y doctorado coordinados por un ex alumno de E.E.Evans-Pritchard, Julian Pitt-Rivers. El proyecto contó con fondos de la National Science Foundation (NSF) y del National Institute of Mental

---

5 Chicago merodeaba Centro América desde que Robert Redfield trabajó en Yucatán en los años 20s y Sol Tax en Guatemala en los 40s. Redfield estudió con Robert Park, artífice de la sociología cualitativa de Chicago, y fue después su yerno. Su ascenso como antropólogo comenzó en 1928, cuando llegó al flamante departamento de antropología. Contratado por el Carnegie Institute de Washington en 1929 para realizar un análisis comparativo de cuatro comunidades mayas en Yucatán, Redfield concebía el cambio cultural en términos evolutivos, como dependiente del grado de aislamiento de cada comunidad. Tax difería en su aproximación a Guatemala, donde reparaba en que los indígenas vendían sus productos en grandes mercados por dinero. Su marcado individualismo y relaciones impersonales contrastaban con la comunidad folk de Redfield (Patterson 2001:86, Stocking 1979). Pero Tax y Redfield coincidían con Radcliffe-Brown en la integración funcional de la cultura, pese a sus diferencias internas.

Health (NIMH). El Proyecto Chicago-Chiapas investigaba el cambio social y cultural entre los indios Tzeltales y Tzotziles<sup>6</sup> *Man in Nature* se desarrolló en un paraje tres fincas diez pueblos y dos secciones o barrios, en cada uno de los cuales residían un lingüista y un antropólogo social, con la ayuda de un intérprete indígena. Hermitte residió en Golouitz, la sección indígena norte de Pinola (McQuown y Pitt-Rivers 1964:5-7; Hermitte 2007).

Dado que la beca del CONICET sólo cubría dos años de su estadía en los EEUU, Hermitte recibió un subsidio del NIMH para su trabajo de campo y para redactar sus dos tesis. La de maestría (85 páginas, 1962) trataba sobre la movilidad social de los revestidos, la adopción de vestimenta ladina y del modo de vida mestizo por indígenas en busca de ascenso social. Su tesis doctoral—*Supernatural power and social control in a modern Mayan town* (234 páginas, 1964)—trataba sobre los usos indígenas de imágenes, creencias y fuerzas sobrenaturales para ejercer el control social de aquéllos que quisieran “pasar” a ladinos. El nahualismo y la brujería se revelaban, así, como aliados en la organización de los indios pinoltecos, un sistema político que había ascendido desde el mundo terrenal y operaba exclusivamente en el plano celestial, ajeno al mundo ladino. Mientras que su tesis de maestría mostraba cómo los indios cruzaban las fronteras indo-mestizas, su tesis doctoral mostraba un mecanismo interno de los Tzeltales para retener a sus miembros en el marco de sus normas, valores, costumbres y creencias. Las causas de la enfermedad, el diagnóstico de brujería y la viabilidad de la curación, se expresaban en los sueños y sus respectivas interpretaciones. La única experiencia terrenal de este orden fantasmagórico era el asesinato periódico de personas reconocidas como *ak'chameles* o brujos (Hermitte 2004, 2007).

Munida de la antropología social británica y de innumerables anécdotas de campo, Hermitte volvió a la Argentina en 1965 procurando retomar su lugar en el Museo Etnográfico. Sin embargo, muchas cosas habían cambiado desde su partida.

### III. No “sociales” pero ya “comprometidos”

Quienes habían ingresado en 1959 a la primera cohorte de la licenciatura de Ciencias Antropológicas se estaban graduando en alguna de las tres orientaciones—Folklore, Etnología y Arqueología—pese a que tales distinciones no reflejaban especializaciones

6 Había otro proyecto en el área, el Harvard-Chiapas dirigido por Evon Z. Vogt (Vogt 1994).

consolidadas al nivel de los profesores ni marcaban el destino profesional de quienes las elegían. El etnólogo Enrique Palavecino, discípulo de Alfred Métraux en Tucumán, introdujo a los estudiantes en el culturalismo norteamericano y el funcionalismo británico; el folklorólogo Augusto Raúl Cortazar había aplicado el modelo folk-urbano de Redfield a los Valles Calchaquíes, en el noroeste, y el arqueólogo Ciro René Lafón llevaba a su alumnos en viaje de campaña a recolectar información arqueológica y el folklore de la población rural, a la que más tarde referiría como “compatriota” más que como “comunidad folk” (1969-70). El prehistoriador austriaco Menghin merodeaba la Pampa y la Patagonia en busca de rastros de círculos culturales primigenios que permitieran integrar esta región a las sistematizaciones del mundo prehistórico como lo había hecho Wilhelm Schmidt en Viena. Y Marcelo Bormida era especialmente apreciado por sus alumnos como el más influyente y carismático. “El Tano”<sup>7</sup>, como lo llamaban, había llegado a la Argentina en 1947 con un bachillerato en Antropología Física en Roma. En Buenos Aires se integró al Museo Etnográfico bajo el padrinazgo de Imbelloni. Cuando éste se alejó de su cargo, Bormida siguió en el Museo en la especialidad Antropología, que fue virando desde la Antropología Física hacia la Etnología.

La centralidad de Bormida era reconocida por sus alumnos. Según el antropólogo hoy adscripto como “social” Hugo Ratier, miembro de la primera cohorte, Bormida “era, sin lugar a dudas, la figura más importante en la antropología argentina. Menéndez (también de la primera cohorte) dijo esto alguna vez, y la gente se enojó con él. ... Él (Bormida) era joven, buen profesor, planeaba cada clase; uno buscaba el mensaje subyacente” (Gurevich 1989b; mis paréntesis). El antropólogo social Leopoldo Bartolomé lo reconoce como el “brillante pero contradictorio zar de la etnología en la Universidad de Buenos Aires hasta su muerte en 1978” (1980:7). Blas Alberti, primer graduado de la licenciatura porteña (1962) y luego autoadscripto como antropólogo social, compartía esta perspectiva: “Él (Bormida) trató de formular una teoría universalista basada en Hegel. Y de Hegel era posible saltar a una crítica de Hegel por medio de la idea de totalidad histórica y cultural”. Bormida era “el único profesor con un proyecto ideológico y político” (Gurevich 1989a). Estas consideraciones

---

7 Término corriente con que se designa al “italiano” en Buenos Aires, abreviado de “napolITANO”, un origen habitual en la inmigración itálica a la Argentina en el cambio del siglo XIX al XX.

son más reveladoras a la luz de su orientación política filo-fascista, similar a la de su maestro.

Los estudiantes, muchos de ellos ya enrolados en diversas opciones de la izquierda marxista, trotskista, demócrata-cristiana y una naciente “izquierda nacional”, más que peronista, conocían los antecedentes políticos de este profesor que, se decía, había pertenecido a las filas infanto-juveniles de los *balilla*, lo cual no menguaba su brillantez teórica e intelectual. Su carrera ascendente se benefició de la platea que le ofrecía la flamante licenciatura de Ciencias Antropológicas creada en 1958 y comenzada a dictar en 1959 con un programa imbelloniano, y 20 alumnos en constante aumento (ya en 1962 el director del departamento solicitaba al decano la urgente designación de auxiliares docentes, cargo que proveerían los alumnos avanzados, dado que algunos cursos alcanzaban los 70 inscriptos).

Antropología se diferenciaba de otras carreras en varios aspectos. Si bien las materias antropológicas conservaban un perfil bastante tradicional que se remontaba a los años 30, su aparición en el panorama universitario guardaba cierto halo de novedad. La antropología no se dictaba en la escuela secundaria, de manera que era una gran desconocida para quienes ingresaban a la universidad. Además, su carácter pretérito y exótico la erradicaba de las profesiones liberales y aplicadas en un país que se preciaba de ser el más blanco y moderno de América Latina. En suma, muchos de sus alumnos llegaban a la carrera después de haber explorado otros caminos como Historia, Medicina, Derecho y hasta Física, lo cual redundaba en un cuerpo estudiantil que “elegía” la carrera en el sentido más literal del término. Además, y por tratarse a menudo de una segunda opción, los alumnos de Ciencias Antropológicas eran mayores que quienes ingresaban a otras carreras directamente desde la escuela secundaria. Así, ese cuerpo estudiantil retribuía con creatividad y entusiasmo a la nueva/vieja oferta académica en la que encontraba no sólo interesantes desarrollos filosóficos sino también, y quizás fundamentalmente, un acceso distinto a la sociedad argentina.

Hasta 1983, esto es, hasta bastante después de su muerte en 1978, Bormida fue el hombre fuerte de la antropología porteña. Esta trayectoria breve comparada con la de Menghin o incluso con la de Imbelloni, muestra una gran habilidad para sobrevivir en medio de una creciente polarización e incertidumbre académica que imponían los avatares políticos y político-universitarios. Parte de su habilidad residía en su capacidad de adaptarse a las nuevas conducciones ante cada cambio político, pero también

en su carisma, su bagaje en antropología centro-europea, y sus iluminadoras bibliografías, lo cual parecía traducirse, como vimos lo recordaban sus ex alumnos, en un programa que ellos podían aprovechar para sentar las bases de una antropología transformadora. El contexto académico nacional ofrecía el marco adecuado para esta orientación.

#### IV. Una rama débil

Hermitte había vuelto a la Argentina como un fantasma. Los estudiantes sabían de “una antropóloga que vive en los EEUU”<sup>8</sup> por boca de sus profesores quienes, pese a la vaguedad de la información que suministraban, ya la conocían. Lafón había sido su compañero en el profesorado, sus reseñas fueron publicadas en *Runa*; varios la habían escuchado en la Semana Antropológica de 1958 y el ya graduado Menéndez era, también en 1958, estudiante de Historia y adscripto como Ayudante 5º rentado del Instituto de Antropología.<sup>9</sup> Además, dos diarios porteños publicaron el arribo de esta “antropóloga social” a la vida académica de Buenos Aires.<sup>10</sup>

En el primer semestre de 1966, esto es, antes de la sangrienta intervención universitaria del General J.C. Onganía el 29 de julio, dictó en carácter de profesora interina el Seminario, esto es, no una materia obligatoria, “Etnografía sobre Mayas contemporáneos”. Sólo dos alumnos aprobaron el curso. Sus estándares de evaluación diferían de los requeridos hasta entonces en un departamento más centrado en la búsqueda de rasgos culturales que en la reconstrucción de las relaciones sociales. Simultáneamente, Hermitte

8 Los profesores se referían en términos similares a Alberto Rex González, como “un doctor que está tomando algunos cursos en los Estados Unidos ... siempre se refirieron a mí de esa manera, con desdén.”

9 Bormida, director del Instituto, fundamentaba la solicitud de tal designación en la necesidad de “contar con más personal para el mejor desarrollo de las tareas de investigación y documentación en el Instituto a mi cargo” y en que este “destacado alumno” demostraba “un especial interés por las disciplinas que aquí se cultivan”, aspirando a “especializarse” (sic) en ellas (Archivo Facultad de Filosofía y Letras, UBA).

10 La noticia en los diarios de alcance nacional *La Prensa* y *La Nación*, llevaba por título “*Llegó de EE.UU. una doctora en Antropología*” (21 de noviembre, 1965). La noticia incluía sus siete años de estadía en los EE.UU., sus estudios en Chicago y su trabajo de campo en Chiapas, junto a los dos premios recibidos por sus tesis.

comenzó a “buscar una comunidad” para reiniciar su trabajo de campo desde su nueva afiliación institucional como investigadora jefe de la nueva sección de Antropología Social del Instituto Torcuato Di Tella, un centro que proponía ocupar la vanguardia en las artes y las ciencias sociales (Neiburg y Plotkin 2004). Para ello, el director del Centro de Investigaciones Sociales, el sociólogo español Juan Marsal, contrataba a expertos con doctorados en las principales universidades metropolitanas. Hermitte también obtuvo un subsidio de investigación del CONICET para estudiar “la organización política y social de una población en Catamarca” (*Actualidad Antropológica* AA 1968), pero le fue denegada su incorporación a la carrera del investigador por no identificarse su *métier* como perteneciente a las Ciencias Antropológicas. Su nueva investigación trataría sobre las relaciones de producción y distribución de tejedoras de poncho y mantas, y productores minifundistas de pimentón. En una comunidad supuestamente atávica y aferrada a la tradición, ella proponía que la reproducción de la pobreza y la desigualdad socioeconómica en poblaciones “resistentes al cambio”, procedía de los distintos recursos con que contaban algunas teleras y productores para controlar el acceso a la materia prima (la lana), la tierra, y a los circuitos de comercialización de sus productos. Esta desigualdad solía echar por tierra los sucesivos intentos de cooperativización que impulsaba el gobierno desarrollista tanto civil como militar. Hermitte contrató como auxiliar a uno de los alumnos que aprobara su seminario, Carlos Herrán, y juntos hicieron trabajo de campo y se desempeñaron como consultores del *Consejo Federal de Inversiones*, un fondo de promoción de las economías provinciales (Hermitte y Herrán 1970, 1977).

El 29 de julio de 1966, un mes después del golpe militar que destronó al radical Arturo H. Illia, la infantería policial ingresó a los edificios universitarios para desalojar a alumnos y profesores opuestos a la subordinación de la autonomía universitaria. La llamada “edad de oro” de la universidad argentina llegaba abruptamente a su fin, desprovista ahora de sus mejores cuadros que renunciaban en masa a sus cargos. En Antropología renunció la gran mayoría de los auxiliares docentes graduados y sólo una profesora de nivel superior, Hermitte (Guber 2007).

Ante el destierro de la universidad pública, la sección socioantropológica del Di Tella aparecía como la única vía institucional para reproducir otra antropología en Buenos Aires. Además de conseguirle un subsidio a Bilbao para culminar un trabajo de campo en el Chaco, y de asumir la dirección de la beca de Menéndez en el CONICET con un estudio sobre de inmigrantes

Europeos en Entre Ríos, Hermitte convocó a algunos jóvenes graduados y estudiantes avanzados de Ciencias Antropológicas—Mirtha Lischetti, Ratier y Menéndez, de la primera cohorte, y María Rosa Neufeld de la segunda—para emprender un estudio sobre “El significado social de la enfermedad”. La investigación debía incluir un intensivo trabajo de campo sobre nociones de enfermedad, relación médico-paciente y clase social, en el barrio porteño de Saavedra. Tras alguna introducción teórica, comenzó el trabajo de campo con observación participante y entrevistas semi-estructuradas a médicos, enfermeras, pacientes y familiares de pacientes, trabajadores y alumnos de escuelas primarias de la zona. En 1968 el equipo estaba analizando los datos (AA 1968:14-15), pero ese análisis no se plasmó en publicación alguna. Según sus integrantes, había con Hermitte un disenso teórico-político fundado en razones político-ideológicas; según Hermitte, faltaba trabajo de campo. El equipo se desmembró cuando ella viajó a EE.UU. a dictar un curso.

La investigación en Catamarca con Herrán y con otra asistente, licenciada en Historia en Córdoba, Beatriz Alasia, fue más fructífera e introdujo en la Argentina la línea de economía política de los antropólogos norteamericanos Wolf, Mintz, June Nash y otros críticos de las perspectivas culturalistas y marginalistas (Hermitte 1972a, 1972b, Hermitte y Herrán 1970, 1977, Hermitte y Klein 1972).<sup>11</sup>

La mayoría de las memorias de quienes fueron sus colegas y auxiliares, y de los demás investigadores que residían en el Di Tella, presentan a Hermitte como una entidad solitaria y académicamente intolerante de las generalizaciones de los sociólogos y científicos políticos. La anécdota cuenta que cierta vez Marsal le pidió que compilara un volumen de antropología social argentina para la *Revista Latinoamericana de Sociología* que publicaba el Instituto. Hermitte rechazó prácticamente todos los trabajos que ella misma había encargado, argumentando que “eso no era antropología social” sino etnología y folklore. Desde su oficina del Di Tella, Hermitte se erigió en árbitro de la antropología social en el país, y además, la única alternativa a la antropología oficial que

---

11 Ver Bartolomé y Gorostiaga 1974, para las lecturas de entonces sobre cuestión agraria y antropología. Poco después, Hermitte inició otro equipo de científicos sociales y antropólogos, para analizar las condiciones de vida de los aborígenes en el Chaco. Nuevamente, la agencia financiadora era el CFI, y las conclusiones permanecieron inéditas hasta que dos de sus auxiliares decidieron publicarlas ya fallecida Hermitte (Hermitte e Iñigo Carrera 1977, Hermitte, Iñigo Carrera e Isla 1996).



Bormida dirigía en Filosofía y Letras. Recién en 1974, y cuando la universidad volvía a ser intervenida luego de un breve lapso de autonomía, Hermitte reunió a un grupo de jóvenes antropólogos pero esta vez, y salvo Herrán, todos formados en las academias centrales. Ninguno, salvo ella y Herrán, residía en Buenos Aires: Hebe M.C. Vessuri, de Oxford, en la Universidad de Tucumán; Eduardo Archetti, de París, en la Universidad del Litoral con sede en Rosario, y su ex alumno (el otro que había aprobado el Seminario de la UBA) Leopoldo Bartolomé, de Wisconsin, vivía en Misiones. Con ellos integraría el capítulo argentino del grupo de discusión sobre “Articulación Social” afiliado al Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales CLACSO.<sup>12</sup> En ese mismo año Hermitte creó el Centro de Antropología Social en el Instituto de Desarrollo Económico y Social fundado por el ministerio de economía de la Provincia de Buenos Aires en 1957 para analizar y proponer políticas económicas para el desarrollo. Su búsqueda para institucionalizar a la antropología social, continuó durante toda la dictadura del Proceso de Reorganización Nacional (1976-83).

## V. Partera de la revolución

Los jóvenes graduados de Buenos Aires disponían de una autonomía que en parte decidían y en parte condicionaba la coyuntura. La garantía de reproducción socio-antropológica no radicaba sólo en Hermitte por diversas razones. Ella no tenía la llave de ningún espacio institucionalizado de investigación y docencia. La alternativa del Di Tella comenzó a angustiarse en 1972 y el Centro de Antropología Social del IDES se convirtió en un espacio refugio que, por su constitución asociativa, no subsidiaba a investigadores. Además, los antropólogos sociales que llegaban a la Argentina a hacer sus trabajos de campo doctorales, contaban con su propio “capital académico” y con sus redes locales. En tercer lugar, los jóvenes licenciados de Buenos Aires podían tejer las suyas propias por fuera de, pero gracias a su previa estadía en el Museo Etnográfico.

Precisamente, en una publicación perteneciente a una institución creada directamente desde Buenos Aires, la antropología

---

12 El grupo CLACSO de articulación social reunió en tres ocasiones a antropólogos sociales de América Latina predominantemente interesados en la cuestión agraria. Operó entre 1974 y 1977, y varias ponencias de la primera reunión se publicaron en 1977 (Hermitte & Bartolomé 1977).

social porteña se lanzó por vez primera a la arena pública. En 1968 el segundo volumen de *Actualidad Antropológica*, una revista con novedades del ámbito antropológico nacional que publicaba el Museo Dámaso Arce fundado por Palavecino en 1963 en la ciudad bonaerense de Olavarría, dedicó su editorial a la antropología social. El artículo “Antropología social aquí y ahora” la presentaba como una rama de la antropología en demanda de debate teórico, trabajo de campo y mayor precisión en los datos. El autor anónimo sólo refería *Elements of Social Anthropology* de Siegfried Nadel, a quien probablemente leyera en el curso porteño de Sociología. La antropología social se presentaba como una ciencia comprometida con el presente y la comprensión de problemas socio-culturales “según el estadio de las transformaciones que atraviesa nuestro país” (AA 1968:1). Así, la antropología social no se limitaba al estudio de los pueblos primitivos; también alcanzaba a nuestra sociedad, siempre sosteniendo su historicidad ya que, para el editorialista, la historia era intrínseca a toda ciencia.

En el siguiente número Menéndez comentaba el editorial del anterior y atribuía el desarrollo “relativamente reciente” de la antropología social en la Argentina, a la primacía de las orientaciones teóricas “geotemporales” por sobre las “históricas” y “estructurales”. Las escuelas histórico-cultural, fenomenológica y morfocultural habían promovido el trabajo sobre ciertos objetos que desplazaron a aquéllos que sustentarían luego a la antropología social (Menéndez 1968:48). El autor identificaba las corrientes dominantes en la Argentina con la perspectiva reconstructiva y universal, y las contraponía a una perspectiva latinoamericana y nacional. Esta deficiencia debería ser revertida por la antropología social cuyos antecedentes Menéndez encontraba en dos puntos del pasado. El primero era “*circa* 1947”, aludiendo premeditadamente o no al reinado imbelloniano, cuando según él se encaraban problemas no-tradicionales “aún con grupos marginales” como los indígenas y el folk. El segundo databa “desde 1958”, con la creación de la licenciatura porteña, la antropología empezaba a aplicarse desde nuevos enfoques a otros grupos sociales y a “áreas eco-sociales no-tradicionales como las áreas urbanas” (Ibid.49). Hermitte no figuraba en estos antecedentes, sino en una paridad con otros colegas que el autor listaba como deseando encuadrarse, a veces de manera forzada o equívoca, en la antropología social. Menéndez reconocía la inexistencia de una formación socio-antropológica sistemática (Ibid.:51), por lo que hacía algunas advertencias por la falta de trabajo de campo con observación participante, la “concepción escotomizada del trabajo de campo”, el “uso mecánico de modelos y conceptos

sociológicos, no adecuados ni integrados a los marcos conceptuales disciplinarios y en consecuencia mal utilizados” (Ibid.:50), y la falta de formación sistemática en antropología social.

Para la misma época, Hermitte arribaba a las mismas conclusiones en un informe sobre “El estado de la Antropología Social en la Argentina” que presentara al Di Tella (setiembre 1969). Sin embargo, y pese al diagnóstico común, la etiología y el tratamiento del mal eran diferentes. Para Hermitte el origen radicaba en la escuela porteña dominante, la primera raíz socio-antropológica provenía de Germani y la cátedra de Sociología, no de 1947, y la solución a semejante retraso era formarse en el exterior y proceder a la investigación empírica intensiva, esto es, al trabajo de campo.

Para Menéndez su crítica debía dirigirse no sólo a las “orientaciones geotemporales” del establishment porteño, sino al corazón teórico y político de la “antropología social” en sentido estricto. Uno de sus escritos más influyentes en el medio antropológico argentino fue su diseño de un tipo teórico-metodológico que llamó MAC o *Modelo Antropológico Clásico* (1967-8).<sup>13</sup> Impartido aún hoy como el eje teórico de numerosos cursos introductorios a la antropología, se trataba de un manuscrito terminado en 1968 que nunca se publicó.<sup>14</sup> Allí su autor presentaba la “definición clásica” con que la antropología británica y la estadounidense delimitaban la realidad sociocultural a través de las variables de objetividad, autenticidad, cualidad, relativismo, totalidad y homogeneidad. En este modelo Menéndez reunía al estructuralismo levi-straussiano con las escuelas británicas funcionales y estructural-funcionales, también mechados con ejemplos provenientes del difusionismo, el evolucionismo y el historicismo boasiano. Sin embargo, la mayoría de sus ejemplos provenía de los estudios de comunidad norteamericanos y de algunos clásicos británicos acusados de erradicar a los

---

13 Como no pude acceder al manuscrito, me baso en las referencias que las colegas Mirtha Lischetti y María Rosa Neufeld hicieron de él en algunas publicaciones posteriores: el capítulo “*El Modelo Antropológico Clásico*” del manual *Antropología* (Lischetti 1987, 1998).

14 Las políticas de publicación merecerían un capítulo aparte, pero deseo destacar aquí que algunos textos fueron absolutamente influyentes en la antropología de la época pese a su in-edición. El MAC de Menéndez se añade a “La observación por medio de la participación” de Hermitte (escrito en 1968 y publicado en 2002), y “Ensayo para una clasificación morfológica de artefactos líticos aplicada a estudios tipológicos comparativos” de Carlos Aschero en arqueología, informe al CONICET de 1975 (Luco 2007).

pueblos de la historia y de las relaciones de dominación a través de la ficción de la “comunidad aislada”. Menéndez visualizaba al antropólogo como un agente del imperialismo que, valiéndose del trabajo de campo intensivo, accedía a la vida de los pueblos pasando largos períodos con ellos y destacando sus prácticas tradicionales como si no hubieran sido modificadas por la intrusión del capitalismo. Agregaba entonces la retórica de Franz Fanon, en boga entre los intelectuales de izquierda de Europa y América Latina, quien denunciaba el poder del colonialismo para modelar y dominar las vidas, valores y creencias de los sujetos.

La retórica de Menéndez era bastante afín a la de otros antropólogos de entonces, críticos del peso del colonialismo (Talal Asad, Katherine Gough, June Nash, Peter Worsley, Orlando Fals Borda, González Casanova, Rodolfo Stavenhagen) y de la existencia de la comunidad aislada (Mintz, Wolf; en la Argentina ver Bartolomé 1991, Bilbao 1968, Hermitte y Herrán 1970, Vessuri 1971, Archetti y Stolen 1975, etc.).

Sin embargo, las puntualizaciones de Menéndez no se pronunciaban en un contexto colonial o recientemente descolonizado, sino en un país con un siglo y medio de vida, acosado por una nueva dictadura militar inspirada en la Doctrina de Seguridad Nacional y por la privación de ciudadanía política desde 1955 de un enorme sector social mediante la proscripción del peronismo, orientación ajena e incluso contraria a las preferencias políticas de la mayoría de los primeros licenciados en antropología. En la retórica de la época en la Argentina, no sólo en el medio universitario, era frecuente hacer la analogía entre colonialismo y autoritarismo, y entre Fuerzas Armadas y fuerzas de ocupación. Esta visión no sólo era sostenida además de por la izquierda marxista y los teóricos de la dependencia, también por los viejos nacionalistas doctrinarios de derecha y de izquierda que criticaban la sujeción argentina al imperialismo británico (R. & J. Irazusta, Arturo Jauretche, Rodolfo Puiggrós, Jorge A. Ramos, R. Scalabrini Ortiz) y luego norteamericano. En esta postura convergían, pues, amplios sectores de la militancia intelectual alentados en los '60 por las movilizaciones antiimperialistas y anti-dictatoriales que fueron *in crescendo* desde la invasión norteamericana de Santo Domingo, y la rebelión popular conocida como *Cordobazo* en 1969 (Córdoba, Argentina) que abrió las puertas a las elecciones de 1973 (CGCA 1989).

Las reivindicaciones en clave de anti-imperialismo, anti-colonialismo y anti-capitalismo eran diversas y se articulaban con otras cuestiones. Para algunos remitían al regreso de Perón

a la Argentina y al gobierno; para otros eran la semilla de la revolución proletaria o socialista o “socialista nacional”; para los integrantes del amplio mundo académico significaba el regreso de la autonomía universitaria. Para los antropólogos renunciantes del ‘66 bien podía significar la caída de Bormida y la realización de programas alternativos que algunos llamaban “antropología social” y otros empezaban a designar como “cátedras nacionales” y “antropología del Tercer Mundo” (Barletta 2000). En suma, fue la superposición de la autodenominada *Revolución Argentina* del General Onganía, la consolidación de Bormida al frente del departamento de Ciencias Antropológicas, la muerte de Palavecino apenas antes del golpe en 1966, la renuncia de la mayoría de los flamantes auxiliares docentes—los primeros hijos de la licenciatura—tras la intervención de la “Noche de los Bastones Largos”, y el destierro de una eventual “cuarta rama” antropológica, el contexto específico en que esta antropología social se definió como una ciencia “contra-sistema” llevada a cabo por jóvenes comprometidos.

Tal era, al menos, la propuesta de Menéndez en su artículo “Ideología, ciencia y práctica profesional” aparecido, significativamente, en la compilación: *Ciencias Sociales: ideología y realidad nacional* (1970). Allí, y sin referirse a la “antropología social” sino simplemente a la “antropología”, Menéndez advertía que las ciencias sociales se habían convertido en “ideológicas” dado que las teorías en boga ignoraban los contextos históricos de la producción científica. El mejor aunque no el único ejemplo de ahistoricismo, era el estructuralismo levi-straussiano, evidencia según Menéndez de la alienación académica del trabajo intelectual que los métodos de investigación reforzaban. Mientras que los sociólogos habían caído en la división del trabajo entre patrones o analistas, y empleados o encuestadores, antropólogos y sociólogos tomaban la historia de vida como una mercancía, alienando estas historias de sus productores directos y de las condiciones de su producción (Ibid.:114-5).

Pero si bien le preocupaba la crítica teórica, a Menéndez le inquietaba más la apropiación. Como era evidente en sus cometidos, la razón del volumen era discutir la articulación entre ciencia e ideología tras una inconveniente revelación. El extraordinario impacto que había causado la puesta pública del Proyecto Camelot del Departamento de Estado de los EE.UU.<sup>15</sup>, era irrefrenable

---

15 Otros colaboradores del volumen eran los ya conocidos Alain Touraine, Orlando Fals Borda, Eliseo Verón, Francisco Delich y Juan Marsal.

entre los intelectuales latinoamericanos y particularmente en la comunidad antropológica latino- y norteamericana. Tras revelarse que su objetivo era obtener información acerca de la disposición insurreccional de los sectores populares en Chile, arreciaron las denuncias de los antropólogos norteamericanos ante la American Anthropological Association contra los involucrados en el papelón chileno y en actividades de inteligencia y contrainsurgencia en Tailandia y en Vietnam (Jorgensen 1973).

Pero Menéndez extendía el mal a toda la producción disciplinar, cualesquiera fueran las puras aunque vanas intenciones de sus productores. Por eso, en su artículo denunciaba la conformación de un banco de datos sobre América Latina con sede en el Di Tella y en CLACSO, para ser empleado por los EE.UU. Según Menéndez sólo el Departamento de Estado podía utilizar la información allí reunida (Ibid.:106). Recomendaba entonces que los académicos e intelectuales se apartaran del espejismo del conocimiento puro, neutro y apolítico, y se abocaran a lo que era “crucial para los requerimientos objetivos de un proyecto transformador”, “la tarea más alta a la cual debemos tender” (Ibid.). Los intelectuales argentinos debían seguir abiertos a lo que se producía en otras latitudes, pero para relacionarlo con sus propios objetivos y prioridades: ganar y ejercer el poder. Como ejemplo citaba el uso de la observación participante entre jóvenes académicos vietnamitas que aprendían los valores y pautas locales residiendo con comunidades campesinas, para contribuir en la resistencia a la invasión norteamericana (Ibid.119-120). Finalmente, Menéndez hacía votos por “una ciencia contrasistema” (Ibid.123).

Menéndez fue uno de los más influyentes antropólogos de todo este período, y quizás el más conocido dentro y fuera del campo antropológico. Se sentía con autoridad para discutir apasionadamente con sociólogos, antropólogos y psicoanalistas/ psiquiatras, ya que según él la antropología era la cuna de buena parte de la teoría social moderna. En 1971, y después de algunos años de enseñar en universidades privadas (Belgrano y El Salvador), se puso al frente de una licenciatura en antropología en la Universidad Provincial de Mar del Plata, a la que reestructuró purgándola de sus resabios etnológicos bormidianos, para instaurar una antropología social tal como él la entendía. El cuerpo docente viajaba desde Buenos Aires y estaba constituido por varios egresados de la licenciatura de Filosofía y Letras como Lischetti, Neufeld, Herrán y Bartolomé (Gil 2007). Poco después Luis M. Gatti fundó una licenciatura en antropología social en la

norteña provincia de Salta, y un par de años más tarde Bartolomé hizo lo propio en la nordestina provincia de Misiones.

La retórica de Menéndez estaba a tono con la apertura política, no tanto por su orientación partidaria, sino por el optimismo revolucionario que trasuntaba. El 25 de mayo de 1973 el peronismo volvió al gobierno tras 17 años de proscripción y las universidades nacionales fueron ocupadas por sectores radicalizados de la juventud peronista a la que él no pertenecía y a la que pronto se vería enfrentado. La antropología sociocultural se instauró como la orientación dominante de las principales escuelas de antropología como Rosario, La Plata y Buenos Aires. Mao Tse Tung, Franz Fanon y el mismo Perón se transformaron en teóricos de esta antropología del Tercer Mundo que muy poco quería tener que ver con la antropología social británica. Los líderes revolucionarios de América Latina, África y Asia se leían junto a, y casi en contra de Lévi-Strauss, Nadel y Malinowski. La antropología social debía ser la partera de la revolución. Pero ni el peronismo ni los efectos de su proscripción ni la constitución identitaria de sus seguidores fueron objeto de estudio de una subdisciplina que debía compatibilizar el entusiasmo por la revolución inminente, con la distancia analítica.<sup>16</sup>

Precisamente, la crítica anti-colonialista de la antropología, compartida con ligeros matices por los sectores progresistas, tuvo dos importantes efectos en la disciplina: su distanciamiento de la investigación empírica y el hábito de criticar a otros investigadores apelando a rótulos políticos. La inmediatez de la revolución trajo demasiadas certezas teóricas y muy pocas preguntas abiertas a la investigación empírica. Se suponía que la relación entre el antropólogo y el pueblo era clara, directa y unívoca, ya que

---

16 Tres excepciones deben mencionarse. En el orden de la divulgación el cuadernillo *Cabecita Negra* (1971) de Ratier describe el racismo argentino como dirigido a los migrantes provincianos a las grandes ciudades, y a los seguidores del peronismo. En el orden académico la tesis de Vessuri (1971) analizaba el gobierno peronista en Santiago del Estero del 45-55 como un nuevo patrón operando al nivel del estado nacional y provincial. También la antropóloga norteamericana con doctorado en Oxford (como Vessuri), Julie M. Taylor, analizó la figura de Eva Perón a través de la estructura de sus tres “mitos”: el mito de la esperanza, el mito negro y el revolucionario (1979). El peronismo se convirtió en objeto de investigación antropológica como parte de la “antropología de la política” de inspiración británica y brasileña recién en los años '90 (Rosato & Balbi 2003; Frederic & Soprano 2005, etc.).

identificaba al “antropólogo comprometido” con los presuntos objetivos políticos de sus investigados. Sin embargo, no sólo soslayaban los “antropólogos sociales” explicar el peronismo desde la perspectiva de sus protagonistas; además, la creciente polarización política con tonos ya abiertamente armados, puso a los antropólogos sociales interesados en “problemas concretos” ante la disyuntiva de la acción directa o la actividad académica. Este árduo punto intermedio que casi le cuesta la vida a Bilbao en Tucumán (Vessuri y Bilbao 1976), se resolvía de plano aunque retóricamente en la pluma de Menéndez. Él entendía que el trabajo de campo etnográfico era un subproducto del colonialismo, y una estrategia inteligente para acercarse a sujetos sociales que debían ser, naturalmente, anti-imperialistas (1967-8). Admitía que la observación participante y el trabajo de campo etnográfico proveían la mejor información sobre una comunidad, un vecindario o un estrato social (1970), pero estas bondades eran también su condena ya que la marca indeleble del colonialismo en la antropología convertía al investigador en otro engranaje del aparato de opresión y dominación. Así, y cuando decidió encararlo, Menéndez prefirió la crítica epistemológica de la metodología, a la práctica etnográfica.

La prédica que fundó la búsqueda de los antropólogos luego identificados como “sociales”, se basó en la caracterización de la coyuntura argentina, hemisférica y universitaria como la de “una crisis” que era no sólo un objeto de conocimiento y de intervención sino también el fundamento de una presencia académica distintiva. Pero esta presencia estaba críticamente instalada desde varios puntos de vista. Resultaba de un golpe de estado y de una intervención universitaria, era expulsada del establishment antropológico, se pronunciaba como crítica de la academia existente y del mundo empírico al que decidía volcarse, en una discontinuidad que no necesariamente mostraba una nueva especificidad. La advertencia de que el conocimiento antropológico debía estar en función de sus posibles apropiadores, remitía a un sentido común propio de la intelectualidad de la época que introducía un poderoso aunque siempre flexible criterio discriminatorio entre “investigadores comprometidos” e “investigadores reaccionarios” o, más exactamente, de “investigadores espías”. Las acusaciones entre investigadores se convirtieron en la base de un idioma por demás plausible en un país corroído por la proscripción política y la polarización peronismo-antiperonismo, ahora reforzadas por la fantasmática Doctrina de Seguridad Nacional destinada a neutralizar a los elementos subversivos, lo que en la Argentina no se limitaba tan sólo a los militantes de la izquierda. Lejos de



ser su causa, el desenmascaramiento del Proyecto Camelot fue el argumento público que instauró la lógica acusatoria en ciertos sectores de las ciencias sociales en este país. El primer blanco nativo fue el Proyecto Marginalidad financiado por la Fundación Ford, dirigido por José Nun y coordinado por Miguel Murmis y Ernesto Laclau (Nun 1969:410-413), y estuvo a punto de aplicarse a la investigación dirigida por Hermitte sobre la situación del aborígen en el Chaco, con Alejandro Isla y Nicolás Iñigo Carrera, un antropólogo platense y un historiador (Hermitte, Iñigo Carrera e Isla 1996). Pero la fiebre siguió.

En 1968 la Fundación Ford propuso crear un postgrado en “antropología social” no en Buenos Aires donde reinaba Bormida, sino en La Plata, donde Alberto Rex González, un arqueólogo formado en Columbia, discípulo de Steward y en un posicionamiento contrario a los histórico-culturales del Museo Etnográfico, intentaba promover la radicación de la nueva subdisciplina. Su directora sería Hermitte, muy próxima a González y al operador académico de la agencia financiadora, el antropólogo norteamericano Richard Adams (1924- ). Doctor en Yale (1951) y especializado en Centro América en los años de plomo (1950-1960), Adams transcurrió un año en la Argentina estudiando las condiciones socioculturales de los inmigrantes bolivianos en Buenos Aires, haciendo consultoría en el Di Tella, colaborando con Hermitte y Herrán en el diseño de un modelo de estudio del poder, y negociando el posible postgrado que fue decidida y ruidosamente vetado por algunos antropólogos sociales de Buenos Aires y una línea estudiantil de La Plata, con el argumento de que Adams era un agente encubierto de la CIA. El programa fue finalmente relocalizado en el Museo Nacional de la Universidad Federal de Río de Janeiro, gracias a la receptividad de Roberto Cardoso de Oliveira quien, en ese mismo año de 1968 y en plena dictadura militar brasileña, creó el primer postgrado con nivel de maestría en antropología social en el Brasil. En un informe a la Ford, Adams deploraba su paso por la Argentina como infausto, sujeto a los devenires políticos de las ciencias sociales y al faccionalismo de las antropologías locales.<sup>17</sup> Este rechazo despojaba aún

---

17 Ciertamente, no me cabe aquí probar la inocencia o culpabilidad de Adams, pero las acusaciones que pendieron sobre su persona, que están documentadas, lo sindicaron tanto de agente del imperialismo como de agente comunista (Varela 2004). Ni el volumen de Jorgensen sobre ética en antropología, ni el grueso volumen de Huizer y Mannheim, ni el más reciente *Social History of American Anthropology*, de Patterson, ubican a Adams como agente de uno u otro bando. En vez, Huizer cita a Adams como crítico de la ideología del “laissez faire” por medio de la cual la *American Anthropological Association* promovía en su Código de Ética

más el panorama socio-antropológico rioplatense, con la exclusión de las orientaciones más innovadoras en las ciencias sociales de las universidades y de los organismos oficiales de financiamiento científico y tecnológico—CONICET, SECYT—dominados por quienes habían permanecido en el sistema universitario. Así, la interdicción principista de los fondos externos operaba en una situación de gravedad institucional y económica, a la vez que como arma en la competencia entre grupos que desconocían jerarquía y precedencia por las credenciales y la investigación.

Como resultado de la época nos quedan algunas obras de difusión de estos primeros antropólogos sociales en las colecciones *Historia Popular y Transformaciones* del Centro Editor de América Latina, con las que reflexionaban en términos actuales sobre el racismo, la cultura, los pueblos indígenas y la medicina popular, nociones caras a una disciplina hasta entonces empantanada en el exotismo. Sin embargo, la mayoría de las publicaciones de los trabajos de investigación que reunían material empírico y elaboración teórica, seguían perteneciendo a Hermitte, Herrán y los doctorandos argentinos en el exterior que publicaban poco en revistas antropológicas—*Etnia*—y mucho más en revistas de ciencias sociales—*Desarrollo Económico*, *Revista Latinoamericana de Sociología*, *América Latina*, etc. La orientación más próxima al peronismo de la revista *Antropología del Tercer Mundo* bregaba por la revolución homónima; su mensaje no se encuadraba como “antropológico-social” (Barletta 2000).

## VII. Co-ciudadanías y compromisos

En estas páginas he presentado suscitadamente la trayectoria de dos personalidades sumamente influyentes en los orígenes de lo que hoy se reconoce como “antropología social”. Mediante estas dos trayectorias impulsoras de un mismo rótulo—antropología social—desde un mismo ámbito académico—el de la ciudad de

---

la autoexclusión de los antropólogos de los procesos de cambio de sus sujetos de estudio (1979:17).

Por otra parte, debe señalarse que la relocalización del programa de postgrado en Río de Janeiro demuestra que la utilización de recursos externos acompañada por los debates y recaudos propuestos por los jóvenes antropólogos del Museu (Moacir Palmeira, los hermanos Ottávio y Gilberto Velho, Lygia Sigaud, entre otros), pudieron reencauzar las sospechas de convertirse en el brazo antropológico de la Doctrina de Seguridad Nacional y la guerra fría, en beneficio de una disciplina teóricamente sólida y empíricamente fundada.

Buenos Aires, es posible revisar dos supuestos centrales de los debates actuales acerca de nuestras “otras antropologías”: que la co-ciudadanía impone o conlleva una responsabilidad político-moral de los investigadores con sus investigados, y que nuestras “otras antropologías” se han constituido de cara a y como reflejo de los desarrollos teóricos de las antropologías metropolitanas. De las premisas que traen los debates sobre las “antropologías del sur” y las “otras antropologías” (ver supra.), elegí estos dos supuestos porque tocan una cuerda muy sensible de la antropología argentina de fines de los años 1960: el compromiso.

En *Involvement and Detachment* (1998) Norbert Elias señalaba que la calificación de las investigaciones según su compromiso y distanciamiento con respecto a los sujetos de estudio, debe considerarse como parte de los valores en tanto juicios prácticos que los intelectuales empleamos en el desarrollo de nuestra actividad, más que como la identificación de cualidades esenciales. Compromiso y distanciamiento son “categorías nativas: abstracciones producidas y utilizadas por los investigadores en el esfuerzo de dar sentido a su mundo” y a su quehacer (d’Etoile et.al. 2002:14, mi traducción). Igual que otros conceptos de la antropología, estas categorías deben ser examinadas histórica y socialmente. Si bien, como advierte Michael Walzer, la auto-calificación de “críticos” por parte de los intelectuales es una pretensión en absoluto novedosa que data de los tiempos bíblicos (1993), también es cierto que el carácter “crítico” y su giro hacia el “compromiso” debe suscitar un análisis más profundo a la medida de las víctimas que ha generado entre nosotros. En este sentido, el riesgo de vida es un rasgo clave para la conformación de los intelectuales autoadscriptos como “críticos” (Walzer 1993). ¿Cómo modeló la noción de compromiso a la antropología argentina, y cómo ésta modeló a aquélla?

Elegir a Hermitte y a Menéndez como figuras emblemáticas de dos modelos contrastantes del ejercicio de la antropología social no resulta de una elaboración propia ni de una perspectiva actual, sino de la presentación que sus protagonistas hacían en aquel entonces como una oposición que continúa vigente entre los habitantes de nuestra antropología social. Para proceder a su análisis no me limité a examinar los textos publicados e inéditos de cada uno. En esto procedí como mis colegas cuando acometen la historia de la antropología argentina atendiendo a los avatares políticos que modelaron las perspectivas teóricas antropológicas (Bartolomé 1980, Garbulsky 1991-2, 2004, Herrán 1990, Madrazo 1985, Perazzi 2003, Ratier y Ringuélet 1997, Guber 2006b). Este

giro, como veremos, también tiene sus fundamentos en el decurso de nuestra antropología social.

Para revisar los dos supuestos señalados (co-ciudadanía con los sujetos y dependencia teórica) necesito interrogar a la experiencia argentina, preguntando: a) ¿cómo y ante quiénes estos dos antropólogos significaban distintivamente la antropología que practicaban y a la que llamaban “social”? b) ¿en qué fuentes formativas teóricas e institucionales abrevaban para fundamentar esa nominación? c) ¿cómo y dónde establecieron su posicionamiento académico? d) ¿con qué conceptos y prácticas lo sustentaban? y e) ¿qué relación postulaban y practicaban con sus sujetos de estudio? Expondré estas cuestiones para las dos figuras centrales de este artículo y sugeriré luego algunas conclusiones.

Hermitte se pronunciaba como una antropóloga social de orientación británica, más que norteamericana, anclada en dos credenciales de postgrado (Master y Philosophical Doctor) y dos investigaciones empíricas, una en Latinoamérica pero no en la Argentina, y otra en su propio país, aunque en una de sus áreas más pobres, el Noroeste. Llegó de EE.UU. dispuesta a implantar la *social anthropology* que ella había aprendido y que quería practicar y enseñar en la Argentina, orientando en este sentido sus estándares de producción, evaluación, labor institucional, docencia y publicación. Dichos estándares estaban basados en la investigación empírica con trabajo de campo prolongado e intensivo, y consecuentemente en la puesta en discusión entre categorías analíticas—cambio cultural, control social, movilidad social, patronazgo/clientelismo—y categorías nativas—*nahual*, brujería, cooperativismo—aprendidas y contrastadas con nutrida evidencia. Los resultados se publicaban en revistas de ciencias sociales en un formato eminentemente académico, o de consultoría (CFI). Su desempeño institucional post-66 fue en secciones de “antropología social” en centros de ciencias sociales (CIS-Di Tella, IDES, CLACSO), cada vez más alejada de los departamentos de ciencias antropológicas (UBA; ULP). Así, la antropología social por la que bregaba Hermitte se planteaba como diametralmente opuesta a la que se ejercía en la academia oficial porteña, nominada como “etnología” y “folklore”, que deploraba por su culturalismo esencialista y por su trabajo de campo “de vacaciones”. Ambas carencias debían subsanarse con un desarrollo académico sistemático anclado en la investigación empírica, la que habría de orientar los giros teóricos de Hermitte en su traslado desde Chicago/Chiapas a Di Tella/Catamarca, desde un estructural funcionalismo más próximo a E.E.Evans-Pritchard que a Talcott Parsons, hacia una economía política

del campesinado à la Eric Wolf. Hermitte representaba, sí, la orientación metropolitana, pero esa orientación estaba lejos de ser monolítica en sus problemáticas y en la teoría. Su único denominador común era el trabajo de campo malinowskiano.

Menéndez se instauraba como antropólogo social a partir de su licenciatura en ciencias antropológicas en la Universidad de Buenos Aires, con una breve incursión en “paleoetnología” para su trabajo final. Sus lecturas en la licenciatura, la asignatura “antropología social” de Sociología, y luego con Hermitte, se pusieron en debate con los teóricos de la des-colonización, autores tercermundistas como Franz Fanon, algunos disidentes norteamericanos como Wright Mills y Jules Henry, y la cara política de dos etnólogos italianos, uno amateur y el otro académico.

La nutrida presencia de italianos en el Museo Etnográfico no era sólo un reflejo de la inmigración de Italia a la Argentina sino una orientación académica. Imbelloni y “el Tano” Bormida organizaron la agenda teórica de la antropología de Buenos Aires como una contra-corriente del funcionalismo británico y, por ende, de la antropología social que se practicaba en “el norte” metropolitano, implicando con ello el rechazo al “empirismo” y a las humanidades aplicadas. La influencia italiana en la antropología argentina no ha sido analizada aún, pero algunos de sus aportes fueron decisivos para el desarrollo de la antropología porteña, y también de la “social”. Menéndez aún hoy se proclama deudor de Ernesto de Martino (1908-1965), graduado en Letras (1932) que se dedicó a la historia de las religiones siguiendo a Raffaele Pettazzoni, un historiador y etnólogo que Bormida enseñaba. Las observaciones de De Martino giraban en torno a la “cuestión meridional” que cobrara relieve gracias a otro folklorólogo auto-didacta, Antonio Gramsci (1891-1937). Sus escritos fueron traducidos al castellano a fines de los 50s por un intelectual comunista argentino y difundidos como fundamento ideológico de una agrupación de comunistas disidentes, el “Grupo de Pasado y Presente”. De Martino y Gramsci traían a los intelectuales de izquierda un marxismo humanista. El sello de Benedetto Croce (1866-1952), maestro de ambos y figura también cara a Bormida y a Imbelloni, llegaba a los gramscianos a través de sus postulados sobre la inmanencia radical y la historicidad de la vida humana (Saunders 1993:876). Según Croce el fenómeno humano difería de otros objetos científicos en que la el objeto de la historia era “lo único, lo particular, lo irrepetible” (Ibid.:877). De Martino sostenía estos principios en su etnología aunque, a diferencia de su maestro, afirmaba la historicidad de los pueblos primitivos. Para Croce los primitivos eran “hombres que están pasivamente en

la historia ... hombres de la naturaleza,” mientras que el hombre moderno era “actor en la historia ... hombres que pertenecen a la historia” (Ibid.). De Martino dedicó gran parte de sus escritos a historizar a los Otros, “las civilizaciones más distantes de la nuestra” y a restituir la historicidad de la sociedad primitiva y de las clases subalternas italianas.

Bormida promovía a este autor entre sus alumnos, alentando no sólo su lectura sino también el intercambio directo con él. Sus principales receptores fueron Menéndez y Ratier.<sup>18</sup> Menéndez abrazó de De Martino su causa historicista y aún hoy lo considera una de sus máximas fuentes de inspiración que, reconoce, adquirió “gracias a un fascista”. Aunque su interlocutor dominante fue inicialmente y como vimos en sus “Acotaciones” de 1968, la escuela histórico-cultural que se practicaba en la antropología oficial porteña, Menéndez comenzó a usar el término “Antropología Social” más como un rótulo diferenciador de las ciencias sociales y la antropología institucionalizada en el Di Tella y en CLACSO. Esta diferenciación la ejercía a través de la crítica teórica y metodológica al funcionalismo, el estructural-funcionalismo y el estructuralismo, imaginando una agenda política hacia el cambio social fundada en la crítica al racismo y el colonialismo. En esta línea, los sujetos de investigación que proponía Menéndez eran los pueblos coloniales, no las huestes peronistas que portaban la questione meridionale argentina, la polaridad puerto-interior. Sus estándares de evaluación, producción y publicación respondían más a la polémica y a la crítica teórica en clave epistemológica y política, que a la investigación empírica. Su estudio sobre migrantes europeos en Entre Ríos no se publicó ni ganó visibilidad, a diferencia de su tampoco publicado MAC que logró gran trascendencia. La carrera académica era, para Menéndez, el canal para una prédica transformadora desde la cual enarboló las banderas del intelectual comprometido en las arenas de la antropología. Recién en México intentaría plantear la articulación entre teoría y datos empíricos en el campo de la antropología médica.

Volviendo a aquellos dos supuestos, henos aquí dos “ciudadanos-investigadores” donde opera “la cercana relación entre el ejercicio de la investigación y el ejercicio de la ciudadanía”. Sin

---

18 Bormida promovió el contacto entre Ratier y De Martino e incluso lo impulsó a seguir un posgrado con él en Italia sobre el *candomblé* brasileño en comparación con el *tarantulismo* estudiado por De Martino. Sin embargo, éste falleció antes que Ratier pudiera concretar su solicitud.

embargo, la articulación entre ciudadanía e investigación era muy distinta, en primer lugar porque sus dos protagonistas la proponían así, llegando a ubicarse en posiciones no recíprocas. Ella residía en la investigación empírica y él en la polémica teórico-política. Ella discutía la producción corriente desde la investigación, y él desde su alineamiento ideológico. Ella compartía la nacionalidad con sus teleras y pimentoneros, en su rol de antropóloga social; él se dirigía a un lectorado general habitado por intelectuales. Ella no discutía las premisas políticas ni de Menéndez ni de otros antropólogos; él no discutía los datos de Hermitte ni de otros colegas. Para ella en la Argentina “faltaba trabajo de campo”; para él las instituciones donde campeaba la antropología social eran sospechosos de actividades encubiertas. Sin embargo, sus posturas no recíprocas acababan siendo las dos caras de la misma moneda, esto es, las dos expresiones de un medio académico recortado por las mismas condiciones políticas. La co-ciudadanía de Hermitte y Menéndez—que era precisamente la cualidad que él quería restarle a los antropólogos colaboracionistas del imperialismo y de la CIA—era el contexto de interpretación con el que ambos producían sus distintas formas de hacer “antropología social”. En este sentido, y desde el punto de vista de sus protagonistas, ser antropólogo-ciudadano no aparece aquí reforzando la relación investigador/a-investigad@/s sino la relación entre investigadores. Si Hermitte y Menéndez se visualizaban (o hacían lo posible para visualizarse) entre sí como “otros”, si sólo podían dialogar en planos diferentes, ¿qué los hacía interlocutores comparables? ¿Qué los hacía aparecer como perteneciendo al mismo mundo académico en torno a y por el cual contendían?

Sabemos que los rasgos diacríticos suelen emplearse como esencias absolutas. Revolucionario, estructural-funcionalista, operan en el mundo académico igual que negro, judío o indio en otros contextos. Pero si bien los antropólogos son personas tan vulnerables como otras a la esencialización, también es cierto que en la Argentina de entonces era muy difícil olvidarse de la historia. El período de fines del 60 y principios del 70 fue una nueva expresión de las tensiones que atravesaban a la sociedad argentina y que los argentinos acometían de muchas formas para hacer y cambiar su historia. En este escenario una de las categorías relevantes con que, en términos nativos, se interpretaban las diferencias a menudo expresadas como adscripción política o ideológica era el término “generación”. Empleado desde tiempo atrás para designar a quienes habían forjado la organización nacional del país (la generación del 57, la generación del 80), la generación operaba como una categoría con que los argentinos

habían historizado su pasado de cara a “otros” clasificados por su edad y su senioridad a la luz de los avatares políticos del siglo XX en la Argentina. El término también se aplicaba al mundo universitario, designando a las circunstancias políticas en las cuales cada uno había desarrollado la etapa formativa de su trayectoria académica.

Si Hermitte podía adscribirse a una postura “políticamente liberal”, análoga a la que sostenía primero la conducción universitaria del ‘40 cuando ella cursó el Profesorado, y luego la conducción de la intervención post-55, es claro que su experiencia de la intervención peronista en 1946 y la exoneración de su maestro Aparicio debió marcar profundamente su ponderación de la libertad de cátedra y del valor absoluto de la calidad académica por encima de otros recursos que fueron cada vez más decisivos para implantar profesores y líneas de trabajo desde la década peronista. Su renuncia ante los hechos del 29 de julio de 1966 probablemente fue una respuesta acorde a esos valores, siendo la única profesora del departamento de Ciencias Antropológicas sobreviviente de los tiempos de Aparicio. Cortazar había permanecido en la universidad peronista, Márquez Miranda y Palavecino habían muerto, y Menghin, Lafón y Bormida habían ingresado como profesores después de 1946. Menéndez, en cambio, había ingresado a la universidad con la Libertadora, cuando la política ya permeaba decididamente a la universidad, en un contexto general de proscrición, represión creciente y avance de la dominación norteamericana en América Latina y particularmente en el Cono Sur. Su recurso a la crítica teórica como una herramienta de la acción política y académica, mucho más que a la investigación básica, era ampliamente compartido por otros miembros de su primera cohorte antropológica, pues muchos de sus compañeros de entonces acabaron siendo más notorios por su militancia que por sus textos. Al mismo tiempo que el matemático Oscar Varsavsky, una de las expresiones más destacadas de esta postura y prematuramente fallecido, Menéndez proclamaba su crítica al “cientificismo” que, según acusaba, encarnaban los directivos de la renovación universitaria de 1955. La universidad no podía mantenerse aislada de un entorno marcado por la proscrición y la vigilancia.

Esta diferencia generacional fue crucial para modelar cada posición de cara a la vida académica. Hermitte podía establecerse como “antropóloga social” con créditos innegables (según estándares académicos) provistos por una universidad del “centro” (o “norte”), y contando en 1966 con 16 años de graduada universitaria. Menéndez renunciaba a sus cargos de



auxiliar docente con sólo tres de licenciado, y un breve trabajo de campo en arqueología. La “antropología social” se revelaba entonces como un nombre académicamente plausible para una generación que buscaba ingresar a las ciencias antropológicas por otra puerta y con otros horizontes, no sólo debido a la clausura de la Universidad de Buenos Aires en julio de 1966. Ese nombre tenía varias ventajas: no contaba con demasiados antecedentes en la Argentina; diferenciaba a sus propulsores de la antropología del Museo y también del departamento de Sociología; y según los contenidos con que se llenara, operaba como un dispositivo apto para argumentar en la academia, la política universitaria y la política a secas. Gracias a la creciente polarización político-académica que impregnó a la Universidad desde la “noche de los bastones largos”, la “antropología social” se convirtió en una categoría que, aunque poblada de interrogantes, se empleó para competir por la antropología del futuro en la Argentina, algo distinto de la Etnología y del Folklore, y también del estructural-funcionalismo en Sociología.

Sin embargo en algo se parecían nuestras dos figuras. Hermitte tenía, como diría Bourdieu, el capital académico para convertirse en árbitro de “la buena (social)” y “la mala (culturalista, etnológica) antropología”. Menéndez desarrollaba aceleradamente una retórica apta para, en los criterios de la época, erigirse en árbitro político de la antropología social comprometida y la del *statu quo*, cada vez más condicionado por la Doctrina de Seguridad Nacional y cada vez menos determinado por los sobrevivientes del Eje de la Segunda Guerra. Estos dos árbitros parecían hacer de la antropología social dos versiones irreconciliables, con sus propios criterios y normativas. Pero que esto no era así lo demostraron unos jóvenes antropólogos autoadscriptos como “sociales” desde su formación en las academias metropolitanas que aparecieron a comienzos de los 70 en el escenario argentino, aunque no porteño. Estos jóvenes doctores o por doctorarse en antropología en Oxford, París y los EE.UU. disponían de un entrenamiento teórico y práctico en “antropología social” y, salvo Leopoldo Bartolomé que venía de Wisconsin habiéndose licenciado en la UBA, ninguno había pasado por el Museo Etnográfico. Ni Vessuri, ni Archetti, ni Bartolomé buscaron insertarse en Buenos Aires, después de terminar sus intensivos trabajos de campo y de redactar sus tesis doctorales que publicaron como artículos en revistas de ciencias sociales. Estos “antropólogos sociales” generaron, cada uno a su manera, lazos específicos con sus sujetos de estudio: Bartolomé trabajaba en su Misiones natal y mantenía, igual que Archetti, una fluida relación con las Ligas

Agrarias de productores algodonereros y yerbateros, duramente reprimidas desde 1974 (Archetti 1988, Bartolomé 1991); Vessuri pasó de su provincia natal Santiago del Estero donde hizo su trabajo de campo doctoral, a Tucumán a trabajar sobre las ideologías de los trabajadores de la caña de azúcar desde una óptica que ella identificaba como “comprometida” (Vessuri 1973, 1977). Estos ciudadanos-investigadores esgrimían su “involucramiento” desde sus datos de campo obtenidos siguiendo el disciplinamiento socio-antropológico de las academias metropolitanas.

¿Puede hablarse entonces de una correlación entre ciudadanía y compromiso? ¿Y puede oponerse esta correlación a la academia metropolitana? Desde el caso que aquí presenté, entiendo que puede correlacionarse ciudadanía y compromiso pero con dos salvedades y siempre que comprendamos estos términos como construcciones sociales. La primera es que la correlación opera más en el eje investigador-investigador que en el eje investigador-investigado. Poco sabemos del involucramiento de Menéndez en tanto que investigador y ciudadano con sus sujetos de estudio, pese a su prédica por el compromiso. Su audiencia eran sus colegas y el medio intelectual. Hermitte contribuía a entender los fracasos del cooperativismo en Catamarca, eludiendo el recurso fácil al atavismo tradicionalista, tan establecido en las agencias del estado argentino. En esta línea y como segunda salvedad, el compromiso no siempre se practica y enuncia desde la antropología y sus debates, aunque suela formularse en relación a la política. Pero ser sensible a “la política” no alude necesariamente a la vinculación del investigador con los sujetos de estudio. En este sentido, la máxima de Ramos según la cual “En Brasil como en otros países de América Latina, hacer antropología es un acto político”, debiera leerse conforme a los condicionamientos que han operado desde el estado sobre toda la vida académica, comprendiendo aquí tanto a quienes se adscribían al modelo del intelectual comprometido y a quienes no. Entonces, el caso argentino sería más contundente que el brasileño. Para Hermitte, emblemática del perfil profesional-académico, la política era parte de su objeto de análisis, pero su carrera estuvo siempre afectada por los avatares de la política nacional y universitaria, que la mantuvieron fuera de la universidad pública—mediante la manipulación de concursos y de antecedentes, la negación de su ingreso al CONICET y el veto al postgrado platense—y ya en 1984 y por razones igualmente políticas, que la incorporaron a la universidad y al CONICET. Su “vocación crítica” la ejercía desde la antropología social a través de la cual pronunciaba su compromiso con la disciplina. Menéndez quiso representar el

perfil casi contrario, y aunque nunca abjuró de la investigación básica, más teórica que empírica se definía como parte de los intelectuales “comprometidos” de las humanidades y las ciencias sociales de entonces.

Por último, la correlación entre ciudadanía y compromiso, ahora reformulada como una relación entre pares, puede articularse en oposición (como pretendía Menéndez) o en concordancia (como Hermitte) con la academia metropolitana, pero a condición de examinar qué hicieron los antropólogos con sus respectivas formaciones, cómo adoptaron las teorías para analizar realidades empíricas nativas, y a condición también de pluralizar “la metrópoli”. En el caso argentino necesitamos incorporar a Italia (no sólo a Alemania y Austria), y reparar en las diversas líneas académicas, a menudo contrapuestas, que florecieron en los EE.UU., Gran Bretaña y Francia.<sup>19</sup>

En todo caso, la primera antropología social argentina pudo nutrirse de muy diversas influencias, pero sucumbió al aplastamiento arrasador de una polarización política que en el plano académico estuvo encarnada por antropólogos de la misma ciudadanía y la misma afiliación disciplinar, polarización que remataron la noche de los bastones del '66 y la noche más cruenta aún del Proceso de Reorganización Nacional.

### Referencias citadas

- AA. *Actualidad Antropológica* 1968 “Investigaciones”. Olavarría, Provincia de Buenos Aires, Museo Dámaso Arce.
- AA. *Actualidad Antropológica* 1968 “Antropología Social, aquí y ahora”, 1-3. Olavarría, Provincia de Buenos Aires, Museo Dámaso Arce.
- Aguilar, John L. (1981) “Insider research: an ethnography of a debate”. In Messerschmidt (comp.) *Op.cit.*:15-26.
- Alberti, Blas. 1962. “Antropología, desarrollo y compromiso”. *Antropológica* 1:4-9.
- Archetti, Eduardo P. 1988. “Ideología y organización sindical: las Ligas Agrarias del norte de Santa Fe”. *Desarrollo Económico*

---

19 Que Marx no sea considerado “metropolitano” o “hegemónico”, es una cuestión de óptica; lo es en el este europeo (Skalnič 2002, Elfimov 2003).

28(111):447-461.

- \_\_\_\_\_. 2006. "How many 'centers' and 'peripheries' in anthropology? A critical view on France". Gustavo Lins Ribeiro y Arturo Escobar (comps.) *World Anthropologies: Disciplinary Transformations in Systems of Power*. London, Berg.
- Archetti, Eduardo P. & Kristi-Anne Stölen 1975. *Explotación familiar y acumulación de capital en el campo argentino*. Buenos Aires: Siglo XXI editores.
- Aschero, Carlos. 1975. "Ensayo para una clasificación morfológica de artefactos líticos aplicada a estudios tipológicos comparativos". Buenos Aires, CONICET, inédito.
- Barletta, Ana M. 2000. "Universidad y política. La "peronización" de los universitarios (1966-1973)". *Proceedings LASA*.
- Bartolomé, Leopoldo. 1968 "El pensamiento mítico en la veterinaria folklórica". *Runa* XI:71-92.
- \_\_\_\_\_. [1974] 1991 *The Colonos of Apóstoles. Adaptive strategy and ethnicity in a Polish-Ukrainian settlement in northeast Argentina*. AMS Press.
- \_\_\_\_\_. 1980. "La Antropología en Argentina: Problemas y Perspectivas". *América Indígena*. XL(2):207-215.
- Bartolomé, Leopoldo & Enrique Gorostiaga (comps.) 1974 *Estudios sobre el campesinado latinoamericano. La perspectiva de la antropología social*. Buenos Aires: Editorial Periférica.
- Bilbao, Santiago Alberto 1968-1971. "Migraciones estacionales, en especial para la cosecha del algodón en el norte de Santiago del Estero". *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología*. (7):327-365.
- Boletín de la Sociedad Argentina de Antropología*, 1958.
- Cardoso de Oliveira, Roberto. 2000. "Peripheral anthropologies 'versus' central anthropologies". *Journal of Latin American Anthropology*, 4-5(1-2):10-30.
- CGCA - Colegio de Graduados en Ciencias Antropológicas 1989. *Jornadas de Antropología: 30 años de la carrera en Buenos Aires (1958-1988)*. Universidad de Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras.

- Elfimov, Alexei 2002. *Russian Intellectual Culture in Transition. The Future in the Past*. Hamburg: Lit Verlag.
- Elias, Norbert 1998. *Envolvimento e Alienação*. Rio de Janeiro: Bertrand Brasil.
- Fígoli, Leonardo 1990. "A ciencia sob olhar etnográfico. Estudo da Antropología Argentina". Brasília, Tesis doctoral, Universidade de Brasília.
- \_\_\_\_\_. 2005. Origen y desarrollo de la antropología en la Argentina: de la Organización Nacional hasta mediados del siglo XXI. *Anuario de Estudios en Antropología Social*. (1):71-82. CAS-IDES.
- Frederic, Sabina y Germán F. Soprano (comps.). 2005. *Cultura y política en etnografías sobre la Argentina*. Buenos Aires: Ediciones Prometeo-UNQUI.
- Garbulsky, Edgardo. 1991-2 La antropología social en la Argentina. *Runa* (20):11-34.
- Gil, Gastón Julián. 2007. Ideología, represión e investigación de campo. La carrera de antropología de Mar del Plata, 1971-1977. *Anuario de Estudios en Antropología Social* n.3. En prensa.
- Gramsci, Antonio 1971. *Selection from the Prison Notebooks*. London: Hoare & Nowell.
- Guber, Rosana. 1994. Antropólogos nativos en la Argentina. Análisis reflexivo de un incidente de campo. *Publicar en Antropología y Ciencias Sociales* IV(5):25-46. Colegio de Graduados en Ciencias Antropológicas de la República Argentina.
- \_\_\_\_\_. 2002 "El Cabecita Negra o las categorías de la investigación etnográfica en la Argentina". En Sergio Visacovsky y Rosana Guber (comps.) *Historia y estilos de trabajo de campo en Argentina*. pp.347-374. Buenos Aires: Editorial Antropofagia
- \_\_\_\_\_. 2006a. "Linajes ocultos en los orígenes de la antropología social de Buenos Aires" en *Avá*. Revista del Postgrado en Antropología Social de la Universidad Nacional de Misiones, Argentina 8:26-56.

- \_\_\_\_\_. 2006b. "Política nacional, institucionalidad estatal y hegemonía socio-antropológica en las periodizaciones de la antropología argentina". Salta, *Congreso Argentino de Antropología Social*. Ms.
- \_\_\_\_\_. 2006c. Eduardo L. Archetti, 1943-2005. *American Anthropologist* 108 (3):631-635. AAA, Washington DC. ISSN 1548-1433.
- \_\_\_\_\_. 2007. Crisis de presencia, universidad y política en el nacimiento de la antropología social porteña. *Revista Colombiana de Antropología*. Bogotá. En prensa.
- Guber, Rosana y Sergio E. Visacovsky. 2000. La antropología social en la Argentina de los '60 y '70. Nación, marginalidad crítica y el «otro» interno. *Desarrollo Económico*, 40(158): 289-316.
- Gurevich, Estela. 1989a. *Entrevista a Blas Alberti*. Ms.
- Hermitte, Esther 1956-7. Reseña de "Teoría y práctica del estudio de áreas. J. Steward". *Runa* VIII:123-124.
- \_\_\_\_\_. 1955-56. "The Kaska Indians. An ethnographic reconstruction, de J.J.Honigmann" en *Runa* VII:133-134.
- \_\_\_\_\_. 1956-57. "Yearbook of Anthropology, de Wenner-Gren Foundation" en *Runa* VIII, 1ª parte:126-127.
- \_\_\_\_\_. 1956-57. "Hollywood. El mundo del cine visto por una antropóloga, de Hortense Powdermaker" en *Runa* VIII, 2ª parte:290-292.
- \_\_\_\_\_. 1956-1957. "New Lives for old, de Margaret Mead", en *Runa* VIII, 2ª parte:297-298.
- \_\_\_\_\_. 1968a "Informe sobre el estado actual de la Antropología Social en la Argentina". *Las ciencias sociales en la Argentina*. Coord. Juan Marsal. Buenos Aires, Instituto Di Tella.
- \_\_\_\_\_. 1968b "La movilidad social en una comunidad bicultural." *Revista Latinoamericana de Sociología* N°1, Centro de Investigaciones Sociales, Instituto Torcuato Di Tella.
- \_\_\_\_\_. 1969. "Antropología Social". *El estado de las Ciencias Sociales en la Argentina*, Autores Varios, Documento de Trabajo n° 67, Setiembre, Instituto Torcuato Di Tella, Centro de Investigaciones Sociales, pp. 1-12.

- \_\_\_\_\_. 1970. "El concepto de nahual en Pinola, México". *Ensayos antropológicos en los Altos de Chiapas*. México: Instituto Indigenista Interamericano.
- \_\_\_\_\_. 1972a "Ponchos, Weaving and Patron-Client Relations in Northwest Argentina". En: Arnold Strickon & Sidney Greenfield (comps.). *Structure and Process in Latin America*. pp. 159-177. University of New Mexico Press.
- \_\_\_\_\_. 1972b *Asistencia técnica en materia de promoción y asistencia de la comunidad en la provincia de Catamarca*. Buenos Aires: Consejo Federal de Inversiones.
- \_\_\_\_\_. 2002 [1967] "La observación por medio de la participación". Visacovsky & Guber *Op.cit.*
- \_\_\_\_\_. 2004 [1970]. *Poder sobrenatural y control social*. México, Instituto Indigenista Interamericano, n° 57. Buenos Aires: Editorial Antropofagia.
- \_\_\_\_\_. 2007 [1960-61]. *Chiapas en las notas de campo de Esther Hermitte*. Andrés Fábregas Puig y Rosana Guber (coords.); GTTCE-IDES (org.). San Cristóbal las Casas: Universidad Intercultural de Chiapas. En prensa.
- Hermitte, Esther & Leopoldo J. Bartolomé (comps.) 1977 *Procesos de articulación social*. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- Hermitte, Esther & Carlos A. Herrán 1970. ¿Patronazgo o cooperativismo? Obstáculos a la modificación del sistema de interacción social en una comunidad del noroeste argentino. *Revista Latinoamericana de Sociología* (2): 293-317.
- Hermitte, Esther & Carlos A. Herrán 1977 "Sistema productivo, instituciones intersticiales y formas de articulación social en una comunidad del noroeste argentino". En: Esther Hermitte & Leopoldo J. Bartolomé (comps.) *Procesos de articulación social*. pp. 238-256. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Hermitte, Esther & Nicolás Iñigo Carrera 1977. *Diagnóstico socio-cultural de tres comunidades de la Provincia de Chaco* Informe de Area Social del Proyecto nutricional AITG, Buenos Aires. Ms.
- Hermitte, Esther, Nicolás Iñigo Carrera & Alejandro Isla 1996. *Estudio sobre la situación de los aborígenes de la Provincia del Chaco*, y

*políticas para su integración a la sociedad nacional.* Posadas, Editorial Universitaria.

- Hermitte, Esther & Herbert Klein. 1972 “Crecimiento y estructura de una comunidad provinciana de tejedores de ponchos. Belén 1678-1869”. Buenos Aires, Documento de Trabajo, Instituto Di Tella (1979 David Browman y Ronald Schwartz (comps.) *Peasants, Primitives, and Proletariats*. The Hague, 49-73).
- Herrán, Carlos A. 1990. Antropología Social en la Argentina: apuntes y perspectivas. *Cuadernos de Antropología Social* 2(2):108-115.
- Hidalgo, Cecilia. 1997-8. Antropología del mundo contemporáneo. El surgimiento de la antropología de la ciencia. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*. XXII-(23):71-82. Buenos Aires, Argentina.
- Huizer, Gerritt & Bruce Mannheim. 1979. *The Politics of Anthropology*. The Hague: Mouton.
- Imbelloni, José. *Epítome de Culturología*. Buenos Aires: Humanior.
- Jackson, Anthony (comp.). 1987. *Anthropology at Home* London and New York: Tavistock Publications.
- Jimeno, Myriam 2005. ¡La vocación crítica de la Antropología en Latinoamérica. *Antípoda* (1):43-65.
- Jones, Delmos 1970. Towards a Native Anthropology. *Human Organization* 29 (4): 251-259.
- Jorgensen, Joseph G. 1973. “On Ethics and Anthropology”. Weaver, Thomas (comp.) *To See Ourselves*. pp. 19-61. Glennville, Illinois: Scott Foresman.
- Krotz, Esteban. 1997. Anthropologies of the South. Their rise, their silencing, their characteristics. *Critique of Anthropology*. 17(3):237-251.
- L’Estoile, Benoit de; Federico Neiburg & Lygia Sigaud (comps.). *Antropología, Impérios e Estados Nacionais* Rio de Janeiro: Relumé Dumará.
- Lischetti, Mirtha. 1987 (comp.). *Antropología*. Buenos Aires: EUDEBA.



- Luco, Susana. 2007. "Una migración teórica. Cambio de paradigma en la enseñanza y en la práctica de la arqueología de la UBA 1958/1984". Buenos Aires, informe parcial de tesis de Maestría, IDES-IDAES, UNSAM. Manuscrito.
- Madrazo, Guillermo B. 1985. Determinantes y orientaciones en la Antropología Argentina." *Boletín del Instituto Interdisciplinario de Tilcara*. (1):13-56.
- McQuown, Norman & Julian Pitt-Rivers 1964. *Man in Nature*. Chicago, University of Chicago, Ms.
- Meister, Albert, Susana Petruzzi & Elida Sonzogni. 1963. *Tradicionalismo y cambio social* Rosario, Facultad de Filosofía y Letras: Universidad Nacional del Litoral.
- Menéndez, Eduardo L. 1968. Correo antropológico. *Actualidad Antropológica* (3):48-51. Olavarría, Provincia de Buenos Aires: Museo Dámaso Arce.
- Menéndez, Eduardo L. 1967-1968. *El modelo antropológico clásico*. Buenos Aires, Ms.
- \_\_\_\_\_. 1970. "Ideología, ciencia y práctica profesional". *Ciencias sociales: ideología y realidad nacional*. Buenos Aires, Editorial Tiempo Contemporáneo:101-124.
- \_\_\_\_\_. 2002. *La parte negada de la cultura. Relativismo, diferencias y racismo*. Barcelona: Edicions Bellaterra.
- Messerschmidt, Donald A. (comp.). 1981. *Anthropologists at Home in North America*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Narayan, Kirin 1993. How Native is a 'Native' Anthropologist?. *American Anthropologist* 95(3):671-686.
- Nash, June 1975. Nationalism and Fieldwork. *Annual Review of Anthropology* v.4, 225-245.
- Neiburg, Federico G. y Mariano Plotkin 2004. "Los economistas. El Instituto Torcuato Di Tella y las nuevas elites estatales en los años sesenta". Neiburg y Plotkin (comps.) *Intelectuales y expertos. La constitución del conocimiento social en la Argentina* Buenos Aires, Editorial Paidós:231-264.
- Patterson, Thomas C. 2001. *A Social History of Anthropology in the United States* Oxford, Berg.

- Perazzi, Pablo 2003. *Hermenéutica de la barbarie. Una historia de la antropología en Buenos Aires, 1935-1966*. Buenos Aires: Sociedad Argentina de Antropología.
- Ratier, Hugo. 1971. *Cabecita Negra*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.
- Ratier, Hugo E. y Roberto R. Ringuelet. 1997. La antropología social en la Argentina: un producto de la democracia. *Horizontes Antropológicos* 3(7):10-23. UFRGS, Porto Alegre.
- Restrepo, Eduardo y Arturo Escobar. 2005. Other Anthropologies and Anthropology Otherwise: steps to a world anthropology network. *Critique of Anthropology* 25(2): 99-128.
- Rosato, Ana y Fernando A. Balbi (comps.) 2003. *Representaciones sociales y procesos políticos. Estudios desde la antropología social*. Buenos Aires: Editorial Antropofagia.
- Sanguinetti, Amalia C. y Ana M. Mariscotti 1958-9. Notas para el estudio de la cultura de la Puna. *Runa* IX, (1-2):195-206.
- Saunders, George R. 1993. 'Critical Ethnocentrism' and the Ethnology of Ernesto De Martino. *American Anthropologist* 95 (4):875-893.
- Schippers, Thomas K. 1995. "A history of paradoxes. Anthropologies of Europe". Vermeulen & Alvarez Roldán, *op. cit.* 234-246.
- Skalnik, Peter (comp.). 2002. *The Struggles for Sociocultural Anthropology in Central and Eastern Europe*. Prague: Prague Studies in Sociocultural Anthropology.
- Stocking, George A. (Jr.) 1979. *Anthropology at Chicago*. Chicago, The Joseph Regenstein Library.
- Stocking, George W. 1982. Afterword: A View from the Center. *Ethnos*. 47(1):173-186.
- Taylor, Julie, M. 1979 *Eva Perón. The myths of a woman*, University of Chicago Press.
- Uribe, Carlos. 1997. A Certain Feeling of Homelessness. Remarks on Esteban Krotz's 'Anthropologies of the South'. *Critique of Anthropology* 17(3): 253-261.

- Vermeulen, Han F. & Arturo Álvarez Roldán (comps.). 1995. *Fieldwork and Footnotes. Studies in the History of European Anthropology*. London: Routledge.
- Vessuri, Hebe M.C. 1971. "Land Tenure and Social Structure in Santiago del Estero, Argentina". Oxford, University of Oxford, Linacre College, Doctoral Thesis.
- \_\_\_\_\_. 1973. La observación participante en Tucumán 1972. *Revista Paraguaya de Sociología* (27):59-76, Asunción, Paraguay.
- \_\_\_\_\_. 1977 "Procesos de transición en comunidades de obreros rurales y articulación social". Esther Hermitte y Leopoldo J. Bartolomé (comps) *Procesos de articulación social*. pp.196-237. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- \_\_\_\_\_. 1989. "Las ciencias sociales en la Argentina: diagnóstico y perspectivas". Oteiza, Enrique (dir.). *La política de investigación científica y tecnológica argentina. Historia y Perspectivas*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Vessuri, Hebe M.C. & Santiago Bilbao. 1976. "Campo de Herrera, Tucumán. The first cooperative for agricultural work in Argentina, five years after its creation". June Nash, N. Hopkins y Jorge Dandler (comps.) *Popular participation in social change. Cooperatives, collectives, and nationalised industry*. The Hague, Mouton, 211-231.
- Visacovsky, Sergio E ; Rosana Guber y Estela Gurevich. 1997. Modernidad y tradición en el origen de la carrera de Ciencias Antropológicas de la Universidad de Buenos Aires. *Redes* 10(4):213-258. Universidad Nacional de Quilmes.
- Visacovsky, Sergio E. & Rosana Guber (comps.). 2002. *Historias y estilos de trabajo de campo en Argentina*. Buenos Aires: Editorial Antropofagia.
- Vogt, Evon Z. 2004. *Fieldwork among the Maya. Reflections on the Harvard Chiapas Project*. Albuquerque: University of New Mexico Press.
- Walzer, Michael. 1993. *La compañía de los críticos. Intelectuales y compromiso político en el siglo XX*. Buenos Aires: Nueva Visión